

COMEDIA FAMOSA.
LA NIÑA
DE GOMEZ ARIAS.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Gomez Arias, Galán.	Cañeri, Moro negro.	Damas de la Reyna.
Don Felix, Galán.	Dos Moros.	Celia, Criada.
Don Juan Niñez, Galán.	Fabio, Criado.	Juana, Criada.
Don Diego, Viejo.	Dorotéa, Dama.	Un Escudero.
Don Luis, Viejo.	Beatriz, Dama.	Musicos.
Ginés, Criado.	La Reyna Doña Isábel.	Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Felix con vanda, como herido, y Fabio, Criado.

F. ¿Donde vâs? *Fel.* De mi estrella siguiendo el hado inclemente, voy â ver â Beatriz bella. *Fel.* Apenas convaleciente de la herida, que por ella te dieron, vuelves, Señor, â ese amor? *Fel.* Tú mismo, Fabio, has respondido â tu error, que si has dicho amor, qué agravio podré hallar, que no sea amor? Mira si â la reja está, que como merezca vella, eso solo bastará â desquitar quanto ya he padecido por ella. *Fel.* No está â la reja, Señor, y antes creo que ahora viene de fuera â su casa. *Fel.* Amor, si el que es infelice tiene algun derecho â favor, yo, pues infelice he sido, de justicia te le pido: Aumenta tanto mis daños, que de muchos desengaños componer pueda un olvido.

Sale Doña Beatriz, y Celia con mantos, y el Escudero delante.

Habiendome hallado aqui, ni yo escusarme podré de iros sirviendo, (ay de mí!) ni vos, Señora, de quem la agudo la vida, que no perdí, de nuevo vuelva â ofreceros. *Beat.* Mucho me espanto, señor Don Felix, de que poneros oseis donde mi rigor pueda escucharos ni veros: que aquel que ha puesto en engaños mi opinion en opiniones, y al cabo de tantos años se vale de sus traiciones mas, que de mis desengaños. Que él que falso, y alevoso, con licencia de zeloso, en mi misma casa entró, donde â un tiempo aventuró fama, honor, dicha, y esposo. Y el que fingió finalmente su muerte en mi calle, al ver su contrario mas valiente, por librarse, ó por hacer que de Granada se ausentase bien escusado pudiera

tener ponerse jamás
donde su persona viera,
ni aun su sombra, quanto mas
donde le hablara, ni oyera.

Fel. Siempre juzgué, que ofendida
habia de hallaros, y airada;
pero no entendí en mi vida
hallaros mal informada,
por no decir entendida.

Gomez Arias, con quien yo
rení, aunque es tan animoso,
temor ninguno me dió;
hirióme por mas dichoso,
mas por mas valiente no.

Y puesto que mi valor
quien me hirió no ha declarado,
presumir fuera mejor,
que el que de mí se ha ausentado,
se ha ausentado de temor:

y aunque en mi vida pensé
buscarle para vengarme,
por no haber, Beatriz, de que,
que herirme no es agraviarme,
desde este instante lo haré,
para daros á entender
quanto siento ese desprecio,
y quantos yerros á hacer
obliga al mas cuerdo el necio
discurso de una muger. *Vase.*

Cel. Qué mal, Señora, has andado
en haber ocasionado
nuevos empeños. *Beat.* No estuve
en lo que dixes, ni hube
la voz apenas formado,
quando en ella reparé.

Cel. O quantas veces, Señora,
un acaso causa fue
de mil desdichas! *Beat.* No ahora
me aflijas: si confesé
que hice mal, qué he de decir?
no me des mas que sentir,
pesar juntando á pesar,
que hárrto tengo que llorar,
que padecer, y sufrir:
pues Gomez Arias ausente,
y con razon ofendido,
aunque razon aparente,
mi amor ha puesto en olvido
tanto, que aun no me consiente
que sepa dél para que

satisfaccion le dé:
y amante que en sus pasiones
huye las satisfacciones,
no arguye segura fé.

Toma este manto (ay de mí!)
Celia, quan sin culpa mia
esposo, y gusto perdí!

*Quítanse las dos los mantos, y sale
Don Diego, viejo.*

Dieg. A solas, Beatriz, querria
hablarte: salios de aquí.

Ya sabes, como despues
que Isabél, y Don Fernando,
nuestros Católicos Reyes,
que vivan felices años,
ganaron esta Ciudad,
los Moros que se quedaron
con sus casas, y familias,
viviendo en ella debaxo
de las capitulaciones
que hicieron, bien como quando
en la pérdida de España
se quedaron los Christianos
con los Arabes, de donde
Mozarabes se llamaron
las han cumplido tan mal,
que rebeldes á los pactos
piadosos, con que los Reyes
los admitieron vasallos,
en toda Sierra-Nevada,
vandidos, y rebelados,
tienen á la Andalucía
llena de ruinas, y estragos:
siendo el Cañerí, un adulto
monstruo Etiope Africano,
cabeza de sus motines,
y Caudillo de sus vandos.
Pues hoy la Ciudad, habiendo
tenido aviso, que en dando
Abril la primer librea
de verde esmeralda al campo,
Isabél vendrá á Granada,
previene para el asalto
de Benamexí, que es
la Corte de sus peñascos,
militares prevenciones,
y bélicos aparatos.
Capitan de la Milicia
de la Ciudad me han nombrado:
y así desde luego es fuerza

disponerme para el cargo.
Sola una dificultad
en el aceptarle hallo,
que eres tú, porque tu sola es
ocasiones mis cuidados.
Algunos, Beatriz, me cuestan,
que hasta ahora no me he dado
por entendido, ni es justo
decirlos sin castigarlos.
Yo me he de ausentar, Beatriz,
y tú en mi ausencia, está claro
que no quedas bien sin mí,
sin marido, y sin estado.
Y así, darte lo he dispuesto.
Don Juan Iniguez de Haro,
en Guadix Señor ilustre
de un antiguo mayorazgo,
tu esposo ha de ser, sus deudos,
y yo lo habemos tratado:
y si tu altiva soberbia
intenta oponerse acaso
á mi obediencia, un Convento
te habrá de tener, en tanto
que te resuelves: escogé,
ó el matrimonio, ó el claustro. *Vase.*
Otra desdicha, fortuna,
otro ahogo? pero quando
te quedaste en una sola:
si de tí dixo aquel sabio
Filosofo, que tenerte
por Diosa era necio engaño,
porque los Dioses no son
cobardes, y lo eres tanto
tú, que en haciendo un pesar
al hombre mas desdichado,
de miedo de que se vengue,
le persigues, hasta tanto
que á puros agravios muere,
porque no vengue un agravio?
Qué he de hacer? valgame el Cielo!
á Gomez Arias los Astros,
poderosamente doctos,
y blandamente tiranos,
éíndieron mi libertad:
él huye de mí, pensando,
y no con poca ocasion,
que pude ofenderle: quando
mas fina en su ausencia estoy,
ocasiono á su contrario:
quando mas confusa vivo,

por instantes esperando
que de mentidas sospechas
le lleguen los desengaños,
mi padre (ay de mí infelice!)
darme á mi disgusto estado
dispone: qué he de hacer? pero
qué me afijo? qué me espanto?
el tiempo no ha de decirlo?
pues dexemos á su cargo
mis desdichas, mis recelos,
mis penas; mis sobresaltos:
que él solo decir sabrá
lo que he de hacer; y hasta tanto
que llegue el ultimo esfuerzo,
Cielos, dadme vuestro amparo,
temor, dame tus cautelas,
honor, dame tus recatos,
amor, dame tus industrias,
pesar, dame tus cuidados:
y para tenerlo todo,
ojos, dadme vuestro llanto.

*Vanse, y salen Gomez Arias de Soldado, y
Ginès su criado.*

Gom. Habrás en toda tu vida
hecho una cosa bien hecha?
Gin. Sí señor.

Gom. Quál es? *Gin.* Tener
para sufrirte paciencia.

Gom. Pues qué hay que sufrir en mí?

Gin. Preguntas eso de veras?

Gom. Por qué no? *Gin.* Porque no hay
señoril impertinencia
de quantas tienen los amos,
que tú solo no la tengas.

Gom. Yo impertinencias?

Gin. Infinitas.

Gom. Dexémos la antigua tema

de que siempre que te llamo,

tarde, mal, ó nunca vengas

y vamos á quales son,

que ya deseo saberlas,

por si pudiera enmendarlas:

dime una. *Gin.* Darme licencia,

dirélas todas? *Gom.* Sí. *Gin.* Pues

vamos haciendo la cuenta:

primeramente eres pobre.

Gom. Ser pobre es impertinencia?

Gin. Pues qué cosa hay mas imper-
tinentemente, que la pobreza?

Gom. Faltate algo en mi servicio?

A 1

Gin.

Gin. No señor: mas considera
quanto affige el pensar hoy
de donde mañana venga:
sobre pobre eres Soldado.

Gom. Y es mala profesion esa?

Gin. Yo no te digo que es mala,
mas digome que no es buena
en quanto á mí, que soy hombre:
la que aborrecí una belleza,
que me adoraba de valde,
por llamarse Ulana Guerra:
tahir eres, sobre Soldado.

Gom. No quieres que me entretenga?

Gin. Sí quiero: pero no quiero
que tan á mi costa sea,
que no me des quando ganes,
y que me des quando pierdas.
Tu barato para mí
es caro, pues cosa es cierta
el andar de vuelta yo
en no andando tú de vuelta.
Sobre tahir, eres hombre
que de alentado te precias:
tanto, que estando acostado,
á media noche, aunque llueva,
te volverás á vestir
por reñir una pendencia,
ó digalo el Caballero,
que herido en Granada dexas.

Gom. A nadie he de sufrir nada.

Gin. Que no has de sufrirlo, piensa,
todo, mas todo tampoco
lo has de reñir.

Gom. No es materia
esa para tí. *Gin.* Pues vamos
ázia otra que lo sea:
sobre ser valiente, eres:
esto solo no quisiera
decir. *Gom.* Por qué?

Gin. Porque aun tengo
yo de decirlo verguenza.

Gom. Cómo? *Gin.* Como es la mayor
infamia, mayor baxeza,
y mayor ruindad, que pudo
caer en hombre de tus prendas.

Gom. Yo tengo tan gran defecto?

Gin. Tú. *Gom.* Di, qual es?

Gin. Si me aprietas,
mira que lo diré. *Gom.* Dilo.

Gin. Hombre eres:—

Gom. No te detengas.

Gin. Tan ruin::: *Gom.* Qué?

Gin. Que te enamoras,

que es la ultima vileza

que hacen los hombres honrados.

Gom. Qué loco! *Gin.* Locura es esta?

Gom. Qué mayor, si contradice
la misma naturaleza?

Qué fiera, la mas inculta;

qué ave, la mas ligera;

qué planta, la mas silvestre,

no ama? pues qué mucho tenga

yo afectos que no perdonan

la planta, el ave, y la fiera?

Gin. Que quiera un hombre, Señor,

á una muger, no te niega

mi labio, que es natural

Filosofia secreta,

que hasta los brutos la saben,

sin que los brutos la aprendan.

Que quiera al cabo del año

á dos, como las dos sean,

por vanidad una hermosa,

y por capricho otra fea,

vaya: mas que quiera quantas

mugeres mira, y que apenas

llegue á un Lugar, quando ya

amor en el Lugar tenga,

es mucha Filosofia.

Gom. Aunque tú tan necio seas,

quiero probarte, Ginés,

que es voluntad mas perfecta

la voluntad que se muda,

que no la que persevera.

Gin. Tú bien lo podrás probar,

pero mira no lo sepan

los familiares de amor,

que es forzoso que te prendan

por sospechoso en su fé:

mas qual es la razon? *Gom.* Esta:

para ser perfecto amor,

perfecto ha de ser por fuerza

el objeto que se ame.

Gin. La mayor concedo.

Gom. Espera,

no hay tan perfecta muger,

que algun defecto no tenga.

Gin. Concedo la menor. *Gom.* Luego

preciso es que me concedas

que no hay tan perfecto objeto,

que todo un amor merezca: el amor
 Luego querer yo el alioño
 de una, de otra la belleza,
 la calidad, y las prendas,
 es tener perfecto amor,
 pues quiero en cada una dellas
 la perfeccion que hay en todas.
 Gin. Concedo la consecuencia,
 mas contra ese tu argumento,
 posible es que no te acuerdas
 los disgustos, y pesares
 que Doña Beatriz nos cuesta,
 por quien de Granada estamos
 ausentes, viviendo en esta
 tu patria y falso testigo
 de la salud, y belleza
 de las Damas, pues Guadix
 es quien las da á todas ellas
 el color, que pocas veces
 debieron á su vergüenza,
 para que hoy desembarazó
 de amar á otra Dama tengas?
 Gom. Confieso que á Beatriz quise,
 y aun que la adoré pudiera
 confesar también: mas tanto
 pudo la pasada ofensa
 de los zelos, que me dió
 con Don Felix, que no queda
 esperanza á mis deseos,
 con que yo á adorarla vuelva.
 Tuve el disgusto que sabes,
 herido quedé, hice ausencia,
 vineme á Guadix, por ser cerca
 mi patria, ó por estar cerca
 para la ocasion que hoy
 por puntos, Ginés, se espera
 en Sierra Nevada: aqui,
 por divertir mis tristezas,
 puse los ojos acaso
 en la hermosa Dorotea,
 humano hechizo de amor,
 que ufana, y altiva ostenta
 muchos siglos de hermosura,
 como dice aquella letra,
 en pocos años de edad:
 cuánto ignora, cuánto yerra
 el que Chimico de amor,
 vive de haer experiencias!
 Bien creí, que no pasara
 el mio en su edad primera

de un cortesano despique:
 mas ay! que breve centella
 ocasiona mucho incendio,
 poco ayre mucha tormenta,
 poca nube mucho rayo,
 poco motin mucha guerra.
 Digalo yo, pues vi en breves
 cenizas la llama envuelta,
 la tormenta disfrazada
 en suavisimas violencias,
 en pardas nubes el rayo,
 el motin en voces tiernas,
 siendo en el principio sombra,
 blandura, alhago, y pavesa,
 amor, que despues fue incendio,
 asombro, rayo, y tormenta.

Gin. Por mas que tus sentimientos
 criticamente encarezcas,
 ningun cuidado me dan.

Gom. Por qué, quando á verme llegas
 morir? Gin. Porque sé que estás
 muy favorecido della, y
 pues la hablas todas las noches
 por los hierros de una reja,
 y favorecido, tú
 la olvidarás.

Gom. No haré. Gin. Dexa
 que medio-mates á otro,
 y nos vamos á otra tierra,
 y verás, en viendo otra,
 como de esta no te acuerdas.

Gom. Podrá ser: y ahora, Ginés,
 vamos tomando la vuelta,
 pasémos su calle, á ver
 si acaso pudiese verla.

Gin. Su padre ahora en las casas
 del Ayuntamiento queda.

Gom. Segun eso, no vendrá
 tan presto: y así, aunque ofenda
 su recato, entraré á hablarla,
 que no da mi amor espera,
 de aqui á la noche, teniendo
 ocasion ahora. Gin. Qué intentas?
 mas ya te han sentido, y sale
 á recibirte ella mesma.

Sale Dorotea.

Dor. Posible es, señor Don Gomez,
 que mi opinion no os merezca
 mas atenciones? de dia
 os entraís de esa manera

en

en mi casa? no mirais
 quanto en esta accion se arriesga
 mi credito? tanto habia
 de aqui á que la noche venga,
 para hablarme? *Gom.* No os espante,
 bellissima Dorotéa,
 pues vos misma de vos misma
 sois pregunta, y sois respuesta:
 Que si ha sido haber venido

á veros toda mi culpa,
 tambien toda mi disculpa
 venir á veros ha sido:
 y supuesto que ha nacido
 de una causa el ofenderos,
 y el obligaros, severos
 no están vuestros soles claros,
 que no merece enojaros
 quien os enoja por veros.
 De aqui á la noche encendidos
 en mil civiles enojos,
 se hubieran muerto mis ojos
 de envidia de mis oidos:
 que viendolos preferidos
 en oídos, su tristeza

presumió que era fineza
 veros, logrando esta accion,
 de noche la discrecion,
 y de dia la belleza.
 Y pues estar no se ignora
 en una parte ofendida,
 quanto en otra agradecida,
 no es bien confundir ahora
 castigo, y perdon, Señora,
 que ingratitud vendrá á ser,
 quando pesar, y placer
 á elegir dan, elegir
 lo que teneis que sentir,
 y no lo que agradecer.

Dor. Mucho que haya andado siento
 ran necia mi voluntad,
 que lo que fue novedad
 pareciese sentimiento;
 estrañar mi pensamiento
 el veros aquí, no ha sido
 sentir que aquí hayais venido,
 sino equivocar turbado
 los colores de admirado
 con las señas de ofendido:
 Si bien, lo que entonces fue
 novedad, ofensa es ya,

pues la disculpa que da
 vuestro amor, quando me vé,
 disculpa es contra la fé
 de oirme: y así, he presumido
 que ofensa segunda ha sido
 en esta amorosa calma,
 quitar el merito al alma,
 para darsele á un sentido.

Sale Juana.

Juan. Señora, mi Señor::: *Dor.* Di.

Juan. Viene con un Caballero,
 al parecer forastero.

Gom. Qué he de hacer?

Dor. Fuerza es que alli

os retireis. *Gin.* Siempre vi
 suceder desta manera

este paso. *Juan.* La escalera
 sube ya. *Dor.* En entrando él,

podréis salir. *Gom.* Cruel
 es mi sentir!

Escendense los dos.

Juan. Considera
 que el hombre ahora ha dexado
 puesto á la puerta. *Dor.* Quien sea
 no conozco.

Sale Don Luis.

Luis. Dorotéa,

Dor. Señor, qué es esto? turbado
 parece (ay Dios) que has llegado
 á hablarme: qué trahe? *Luis.* No sé
 como he de decirte, que
 grande cuidado me da
 un hombre que en casa está.

Dor. Hombre en casa?

Luis. Si, y porque
 salir de cuidado espero,
 retirateme: *Dor.* Ansia cruel!

Luis. A tu quarto, que con él
 hablar aquí á solas quiero.

Dor. Señor, si: confusa muero!

Luis. No te turbes ya, que no
 será disgusto, aunque yo
 ignoro lo que aquí quiera.

Dor. Quién vió confusion mas fiera?

Al paño Gomez Arias, y Ginés.

Gom. Quién mayor empeño vió?

Gin. Dexarse un hombre á guardar
 la puerta, decir que quiere
 hablar con quien estuviere
 aquí, da que sospechar.

Gom. Nada me ha de embarazar

pa-

para salir bien de aqui.

Gin. Tampoco, Señor, á mí para salir mal. *Luis.* No haré mas que saber de él qual fue su intencion; vete de aqui.

Dor. Temblando voy. *Luis.* Tú tambien entráte allá dentro, Juana.

Juan. A fuera de mejor gana me saliera. *Dor.* Cielo, ten piedad. *Gin.* Tomo bien á bien mil palos.

Entranse Dorotea, y Juana, y sale Don Felix en traje de camino.

Luis. Ya entrar podrás.

Fel. Si haré, pues licencia dás.

Gin. Al otro llama, por Dios.

Gin. Dos no somos para dos.

Gin. No señor, tú eres no mas.

Luis. Viendo, Felix, el recaro con que á aquesta Ciudad vienes,

á una posada me llamas,

y dices que hablarme quieres

en la mia, entré primero

á que testigo no hubiese

alguno que te escuchase:

ya estás solo, qué pretendes?

Fel. No te admires qué con tanto

secreto aqui hablarte intente,

pues presto, Señor, sabrás

quanto me importa el tenerle,

á cuyo efecto, no quise

hablarte donde habia gente.

Gin. No es Don Felix?

Gin. Si es, ó no

hay en el mundo Don Felix.

Gin. O quanto con cada acaso,

Cielos, mis desdichas crecen!

Al paño Dorotea, y Juana.

Dor. Aunque aventure la vida,

he de ver lo que sucede;

pues ver el dano, no es tanta

desdicha, como temerle.

Luis. No andeis, Don Felix, por tantos

rodeos: mas claramente

conmigo hablad. *Fel.* Pues escucha.

Dor. Juana oye. *Gin.* Ginés, atiende.

Fel. Bien os acordais, señor

Don Luis, cuya vida aumenten

los Cielos, de la amistad

que vos, y mi padre siempre

ruvisteis, desde que Flandes

os vió en la edad mas ardiente

ser el Urialo, y Neso

de sus militares huestes.

Ya sabeis que esta amistad

es fuerza que yo la herede,

mejorado en ella, como

sus mas principales bienes:

pues antes que la ocasion

diga, que á sus intereses

acreedor me trahe, es bien

salvar un inconveniente,

porque poniendome yo

en mis desdichas crueles

primero las objeciones,

accion á ninguno quede

de murmurarlas; y asi,

no os extrañeis de que llegue

á valerme en esa edad

de vos para un accidente

de amor: porque quando en parte

la reputacion padece,

no es yerro en todo fiarla

de igual valor, si se advierte

que la illustre noble sangre

helada en las venas hierva,

bien como suele el volcan,

y bien como el Etna suele

exhalar llamas, aunque

cubiertos estén de nieve.

Aquesto, pues, disculpado,

digo, que vengo á valerme

de vos, aunque vengois:

Luis. A qué?

Fel. A dar á un hombre la muerte.

Gin. Vive Dios, que he de salir,

porque me halle presto. *Gin.* Tente,

Señor, qué haces? *Gin.* Qué se yo.

Gin. Bien se vé: á ocultarte vuelves.

Dor. Albricias, alma, no fue

lo que temí. *Juan.* No te ausentes,

escucha todo el suceso,

ya que aqui estás.

Luis. Dignamente

suspensio quedé al oíros

y aunque quiera resolverme

á responderos, no sé

qué respuesta conveniente

será, hasta saber qué causa

á tan grande empeño os mueve:

Con-

Contadme todo el suceso,
que si trance de honor fuere,
todavía ciño espada.
Gin. Por Dios, que el viejo es valiente.

Fel. Habrá dos años, y mas,
que sirvo con poca suerte
una Dama con intento
de casarme, si tuviese
tanta dicha; pero quando
buscada la dicha vienes
Neutral mi amor la asistia,
ni ofendido á sus desdenes,
ni admitido á sus favores,
cuya calma indiferente,
ni me atormentaba triste,
ni me consolaba alegre.
Sucedió en este intermedio
que retirada la gente
de Sierra Nevada, á causa
de los tiempos inclementes,
viniese á Granada alguna,
para que entre ella viniese
un Gomez Arias, que aunque
dicen todos que es valiente,
no para mí; pues previno
contra una vida dos muertes.

Gin. Ya vas entrando en latroba.

Dor. Gomez Arias dixo, advierte.

Fel. Pues dió en festejarla el dichoso
y como las mas mugeres,
bozales Indias de amor,
plumas, y colores creen
mas, que el oro de la dicha,
que en su misma patria tienen,
haciendo del desperdicio,
le dió á truco de una débil
lisonja del ayre, donde
tanto en el cambio se pierde,
que dexa lo que mas vale
por lo que mejor parece.

Gom. Ya es dicha que Dorotea
oír aquesto se fuese.

Gin. Alá saber, dice el Moro.

Dor. No fue en vano el detenerme.

Fel. Y como un zeloso, en fin,
alivio en su mal no tiene
mas eficaz, que el quexarse,
pude, Señor, atreverme,
sobornando á una criada,
á entrar hasta su retrete

una noche, donde ape nas
me sintió, quando impaciente
dió tantas voces, que fue
preciso que me saliese
de allí, á tiempo que su amante
llegaba: reconoceme
quiso, la espada saqué,
en cuya ocasion, ó fuese
tenerme ya la aventura
ganada, ó quierem hacermela
mi vida aquella lisonja
de irse acercando á mi muerte,
de una estocada caí
en el suelo, y él ausente,
no pareció mas: yo, pues,
á pesar de herida, y fiebre,
convalecí en pocos dias,
tan obstinado, y rebelde
en mi amor, que volví á hablarla
pero mas ingrata, y fuerte,
me hizo cargo que por mi
su honor, y su esposo pierde.

Dor. Su esposo, Cielos?

Gom. Qué buen
desengaño, si no fuese
tan tardel.

Fel. Esto aun no importará,
si entre esto no me dixese,
que de cobarde fingió
aquella noche mi muerte
por miedo de su galán.
Há, Cielos, y quantas veces
de las mugeres destruyen
los faciles pareceres
la mas asentada fama,
hablando en lo que no entienden,
que como ellas ignorantes
no saben quanto contiene
en sí una facil palabra,
á no decirla no atienden.
Aqueste necio desayre,
que oído de lo que se quiere
aun trae otra circunstancia,
es, Señor, el que me mueve
á la determinacion
de buscarle, porque llegue
á noticia de su Dama
que supe darle la muerte.
A este efecto á esta Ciudad
he venido; y porque tienen

De Don Pedro Calderon de la Barca.

mis sentimientos noticia
de que en ella está, no quiere
mi valor que me ayudeis
à buscarle, solamente
que vos me tengais oculto,
es lo que de vos pretendes;
que de noche yo saldré
donde espiado estuviere
de dos criados que traygo
no conocidos; de suerte,
que como él de mí no sepa,
no hay en que la accion se arriesgue,
ni vos aventurais nada,
no llegando nadie à verme
con vos, ni aun en vuestra casa:
que ya sé el inconveniente
que hay para que un hombre mozo
en ella, Señor, se hospede.
Y así disponedlo vos,
pues la obligacion mas fuerte
de un hombre, en qualquiera edad,
es amparar à quien viene
ofendido, yo lo estoy
de zelos, y honor dos veces
noble sois, considerad
como vuestra amistad puede,
dexando de aconsejarme,
dexar de favorecerme.
De albricias del desengaño,
no salgo yo á responderle.
O quien oído no hubiera
sus zelos tan claramente!
Señor Don Felix, aunque
tanto prevenido hubieseis
el error de tratar estas
cosas conmigo, no tienen
merecida la disculpa:
quando aquese lance fuese
precisamente de honor,
hallaréis precisamente
amparo en mí; pero siendo
un acaso contingente
de amor, me daréis licencia
para que aqui os aconseje
que desistais de esé intento,
en que no es bien que os despeñe
tanto la necia ignorancia
de una muger. *Fel.* Si os mereces
mi confianza favor,
este me dad solamente,

que yo no os pido consejo.

Luis. Qué importa, si es conveniente
el darle yo, y de mis canas
el mejor favor es este?

Fel. Yo no estoy capaz de oírle.

Luis. Mirad. *Fel.* Es en vano hacerme
discursos, que quanto vos
aqui decirme pudiereis,
sé yo. *Luis.* No hay remedio? *Fel.* No.

Luis. Pues siendo ya de esa suerte,
yo tampoco quiero darle:
idos, pues, que ya anochece,
solo no os vean conmigo
y decid á aquela gente
que traheis, donde ha de hallaros;
que es aqui, y volved en breve,
que voto á Dios, que aunque ya
vos matarle no quisieseis,
le mate yo, que una cosa
es aconsejar prudente,
y otra acompañar restado:
qué esperais. *Gin.* Ha viejo verdel

Fel. Solo echarme á vuestras plantas.

Luis. Escusado tiempo es ese.

Fel. Sois Caballero en efecto. *Vase.*

Luis. Por otra parte conviene
ir yo á buscar algun medio
mas cuerdo, y mas conveniente,
con que pueda embarazar
una desdicha tan fuerte. *Vase.*

Der. No sé, señor Gomez Arias,
si en esta ocasion os dén,
ò pesame, ò parabien
mis voces de tan contrarias
razones, como hoy en vos
millitan, porque no sé
si dicha, ó desdicha fue
este aviso; y así, en dos
mitades hoy dividida
mi voluntad, os dará
pesame de quanto está
puesta al riesgo vuestra vida;
y parabien de ver quanto
están de vuestros desvelos
desengañados los zelos:
y así, con la voz, y el llanto,
en quanto á la Dama, digo
que el alivio de la pena
sea muy en hora buena:
Y en quanto á vuestro enemigo,

que os guardéis de sus enojos,
dandoos juntos mis agravios
el parabien con los labios,
y el pesame con los ojos.

Gom. Mal, Cielo mío, y mi bien,
con semblante tan esquivo
de quien adoro recibo
pesame, ni parabien:

El pesame, porque no
mi vida está perseguida,
que habiendoo dado mi vida,
mal podré perderla yo:

Ni el parabien, que ya hoy
llega tarde el desengaño
de aquel olvidado engaño:
con que respondido estoy,
que ardiendo hoy en vuestra llama,
pena, ni gusto recibo,
ni del riesgo en mi enemigo,
ni del credito en mi Dama.

Dor. Yo lo creo, y pues ha dado
el Cielo aquesta ocasion
de rescatar mi pasión
de aquel penoso cuidado,
hacedme merced por Dios
de iros ya.

Gom. De irme ya? *Dor.* Sí.

Gin. Dice bien, vamos de aquí.

Gom. Quedando enojada vos,
mal en ausentarme hiciera.

Dor. Qué veis en mí, que os persuada
á que yo quedo enojada?

Gom. El hablar de esa manera.

Dor. Quexosa pudiera ser
confesaros la razon.

Gom. Quexas que sin causa son,
mal podré satisfacer.

Dor. Decis bien, yo anduve errada
en pensar que la tenia,
quando engañada vivia
de un ingrato, que en Granada
dexa otra fé, y otro amor,
en cuyo alcance viniese
á darle la muerte ese
zelosísimo señor

Gom. Antes que os viera, qué culpa
fue adorar otra belleza?

Dor. Y con toda esa fineza,
se da tan baxa disculpa?
¡Máxima groseria,

Juana, mira si salir
puede, y :-:- *Vase Juana.*

Gom. Ya no me he de ir,
aunque aventure este dia
vuestro amor, sin que primero
digan las ansias que lloro,
que sois el dueño que adoro.

Dor. Adorador Caballero,
mirad el riesgo en que estais.

Gin. Dice muchas veces bien.

Gom. Pues no nace ese desden
de las causas que me dais,
pensaré que otras han sido
fin de vuestra voluntad.

Dor. Idos ahora, y pensad
lo que fueredes servido.

Gom. Si con aquesto os obligo,
el gusto de irme os daré.
Ha, plegue al Cielo, que esté
en la calle mi enemigo!

Gin. Ha, plegue al Cielo, que no.

Sale Juana.

Juana. Señor, el paso detén,
que ahora salir no es bien.

Gin. Hay embargo?

Juana. Estando yo
toda la calle mirando,
me asomé, por poder vella,
á la reja, y llegó á ella
Don Juan de Haro preguntando
por tu padre: que ahora en casa
no estaba le respondí
y él me dixo: pues aquí
le esperaré, si eso pasa,
porque un negocio con él
tengo: á la puerta se puso,
y á esperarle se dispuso:
y aun ya el lance es mas cruel,
que él, y mi Señor (no puedo
hablar) están ya en la sala.

Gom. Qué pena á mi pena iguala?

Gin. Qué miedo iguala á mi miedo?

Dor. Retiraos adonde estabais.

Gom. Ven, Ginés. *Gin.* Esta, Señor,
es la carrera de amor. *Escondese.*

*Dorotea al paño, y salen Don Luis,
y Don Juan.*

Luis. A qué efecto me esperabais,
Don Juan?

Juan. A efecto de hablaros

en un negocio, y quisiera,

Señor :-

Luis. Qué?

Juan. Que á solas fuera.

Luis. Pues aqui puedo escucharos.

Juan. Oídmelo. *Luis.* Otro secreto, Cielos,

en mi casa? Despues que

á Gomez Arias no hallé

vengo á hallar muchos recelos.

Juan. Ya sabeis, que un Mayorazgo

ilustre, y rico poseo

en Guadix, herencia antigua

de mis difuntos abuelos.

Y ya sabeis que en Granada

tengo parientes, y deudos,

si nobles, vuestras noticias

os aseguran de serlo.

Ellos, pues, hoy deseosos

de mi quietud, y mi aumento,

un casamiento me tratan

con una Dama, á quien el Cielo

dotó de todas las partes

de sangre, hacienda, é ingenio:

Doña Beatriz de Mendoza

se llama, con que encarezco

quanto me estubiera bien

conseguir tan alto empleo.

Luis. Es verdad, ya la conozco,

y de su padre Don Diego

de Mendoza soy amigo:

Si á informaros venís, puedo

aseguraros que :- *Juan.* Nada

me asegureis, que no es eso

á lo que vengo: escuchadme,

y sabréis á lo que vengo.

Gom. Oyes aquesto, Ginés?

Gin. Y aun lo otro, quanto mas esto.

Gom. Tan consolada está ya

Beatriz, que de casamiento

trata? *Gin.* A mi me ha parecido

que es ya tarde, si á tí presto.

Luis. Decid, pues. *Juan.* Yo no quisiera

que toda fuese conciertos

mi dicha, sino que entrase

hoy á la parte con ellos

la eleccion de mi alvedrio,

que en mas alta esfera he puesto.

Bien conozco que estas cosas

se hablan mejor por terceros:

pero donde la igualdad

es lo mas, todos son menos:

la señora Dorotéa,

no merecido sugeto

de mi esperanza, lo ha sido,

Señor, de mis rendimientos.

Dor. Cielos, qué escucho?

Gom. Quién tubo

jamás duplicados celos?

Gin. Revés amagó, y dió tajo,

por Dios que es jugador diestro.

Juan. No es atrevimiento hablaros

con aqueste atrevimiento,

si confesando adorarla,

que no lo sabe confieso

y así digo, que quisiera

ser de todo el mundo dueño,

para ponerle á esas plantas,

de tan grande logro en precios:

en ellas :- *Luis.* Señor Don Juan,

qué haceis, levantad del suelo,

que es tiranizar la accion

á mis agradecimientos.

Yo soy quien reconocido

á las vuestras estar debo,

en albricias de la dicha,

que á mi casa traheis: y puesto

que por tal la reconozco,

visto está que no la niego.

Gom. Esto escucho? *Gin.* Cierto que es

bien partido Caballero,

pues dexa de dos la una.

Dor. Muerta estoy, Juana.

Luis. En efecto

Dorotéa será vuestra:

desde aquí su mano ofrezco,

porque ella no tiene mas

accion en sus pensamientos,

que mi obediencia. *Juan.* No sé

con qué palabras, qué estremos

mi contento os signifique;

y porque sé que le ofendo

con qualquiera, será justo

que lo remita al silencio:

callando respondo, y voy

á mis amigos, y deudos

á pedirles las albricias,

que deben á mis aciertos.

Vase.

Luis. Hoy se me han entrado en casa

juntos pesar, y contento:

Juana?

Sale Juana.

Juana. Señor? *Luis.* Pon aquí unas luces al momento.

Juan. Aquí están ya. *Luis.* Y si viniere á buscarme el forastero que estuvo hoy conmigo, dile que espere, que ya yo vuelvo: despues dié á Dorotéa su ventura. Dónde, Cielos, hallaré yo á Gomez Arias? *Vase.*

Gin. Cerrado en este aposento.

Gom. Pesames, y parabienes mezclados á un mismo tiempo me disteis bien poco há: pero yo soy tan grosero amante, y tan mal partido, Señora, que solo os vuelvo los parabienes, que en fin, con los pesames me quedo. Sea muy en hora buena el felice casamiento con el venturoso amante, que os adora, y que ya:::- pero qué digo? quedad con Dios.

Dor. Mi bien, mi Señor, mi dueño:::-

Gom. Mirad el riesgo en que estais.

Dor. Eso os dixe yo primero: no os habeis de ir enojado.

Gom. Tambien dixe yo lo mesmo y pues vos no hicisteis caso dello entonces, por qué tengo de hacerle yo ahora? *Dor.* Mirad, que estoy quexosa, y que os ruego.

Gom. Pues no me rogueis, ni esteis quexosa. *Gin.* O quanto deseo de saber quando se alegran los enamorados tengo!

Dor. De que me pida á mi padre ese galan Caballero, qué culpa tengo yo? *Gom.* Bien, ninguna teneis por ciertos: mas si es tan galán, qué mucho que la otra dama, á quien dexo en Granada yo, sea hermosa? *Juana,* vé, y mira si puedo salir. *Dor.* No lo mires, Juana: escuchame, y vete luego.

Gin. Qué va, que antes que nos vamos, vuelve el susodicho viejo, ordinario de su casa,

pues la anda yendo, y viniendo?

Gom. Qué he de escucharte?

Dor. Las causas

que para quexarme tengo.

Gom. Y yo no las tengo? *Dor.* No, pues me engañaste primero tu á mí, teniendo otra Dama.

Gom. Y tu otro galan teniendo.

Dor. Es engaño, que ya él dixo, que no supe sus deseos.

Gom. Malo era que no dixese á tu padre sus secretos.

Dor. Soy yo muger, que pudiera admitir á dos á un tiempo?

Gom. Que sé yo: dexame ir, porque daré, vive el Cielo, voces, que alboroten toda la casa. *Dor.* Tales estremos bien dicen, que haber sabido que fueron falsos los zelos que de Granada traxisteis, allá la pasion ha vuelto.

Y siendo así, que yo solo he servido de hacer tiempos idos presto: qué esperais? idos, que ya no os detengo.

Gom. Ya no me quiero yo ir, sin que asegure primero, que no es razon que tú tienes, sino razon que yo tengo, la que me aparta de tí: qué dixo aquel Caballero? dixo mas, que antes de verte, tuve amor á otro sugeto?

Dor. Malo era que no decia que despues, no lo sabiendo.

Gom. Eso sí, no te des tú por vencida, porque habiendo oído á tu padre, y tu amante la palabra casamiento, es bien asirte á la quexa.

Dor. Eso sí, valete de esos y habiendo oído, que han sido sus agravios fingimiento, aprovecha la disculpa, trahida por los cabellos.

Gom. Yo tengo razon. *Dor.* Yo, y todo.

Gom. Tú? en qué? *Dor.* Tú? en qué?

Los dos. Yo. *Gin.* Estais ciegos? *Gom.* En tu trajicion. *Dor.* En tu engaño. *Gin.*

Gin. Mirad:::- Gom. Pues:::-

Dor. Quando:::-

Sale Don Luis.

Luis. Qué es esto?

Gin. Cayóse la casa acuestas,
como dicen los fulleros.

Dor. Qué ha de ser? que no sé á qué
se ha entrado este Caballero
aqui; y porque le decia

que se fuese; no queriendo,
colérica yo:::- Gom. La causa

old. Luis. Decid, que ya recelo,
Señor Gomez Arias, qual
puede ser. Gom. Estadme atento:

diróme ahora ese criado:::-
Gin. Lo que he dicho:::-

Gom. Calla, necio,
que en vuestra casa habia visto
entrar hoy un forastero:

vine á buscarle, porque
con él un negocio tengo.

Luis. Mirad si se descuidaba
estotro en buscarle presto.

Gom. Y tanto esta mi Señora
se turbó, que yo creyendo
que era negarle, di voces,

porque si acaso está dentro,
sé que oyendome saldrá.

Luis. Mucho de hallaros me alegro
antes que vos á él le halleis,
porque de buscaros vengo.

Gin. Pues bien cerca de aqui estaba.

Gom. Pues qué me mandais?
Luis. Yo intento
componeros con Don Felix,

porque:::-
Sale Don Felix.

Fel. Ya los criados dexo
avisados: mas qué miro?

Gom. A quien te busca, sabiendo
que aqui estabas.

Fel. Donde quiera *Sacan las espadas.*
que yo á mi enemigo encuentro,
la colera me disculpa
de qualquier atrevimiento.

Luis. En mi casa, vive Dios,
que el que no tenga respeto,
al lado me halle del otro.

Gin. Ponte al mio, que le tengo.

Fel. En tu confianza vine,

y que has de ampararme en cierto.

Luis. Yo lo hiciera, quando fuera
portrance de honor el duelo;
no siendolo, he de estorvarlo.

Los dos. Mal podrás ahora.

Luis. Qué es esto?

Salen Dorotea, y Juana.

Dor. Juana, apaga aquesas luces,
por si el daño así remedio.

Apaga las luces, y vienen á obscuras.

Gom. Donde estàs; Felix?

Fel. Aqui.

Gin. Tan cerca mudó de puesto?

Luis. Vive Dios, si no se tienen:::-

Dor. Cielo, en qué ha de parar esto?

Gin. Yo lo diré: muerto soy!

Fel. Huiré, pues le dexo muerto,
y á los ojos de su Dama
ayroso, y vengado vuelvo. *Vase.*

Luis. Trahed luces.

Sale un Criado con luces.

Criado. Ya están aqui.

Luis. Quién fue el infeliz?

Gin. Yo pienso

que lo era, ya no lo soy,
pues fue esparcirlos mi intento.

Luis. Bien hiciste: iré á buscar
á Don Felix, pues creyendo
que habia muerto á su enemigo,
falta de aqui.

Gom. Tambien pienso
seguirle yo, porque vea:::-

Luis. Eso no, tenele os ruego
todos, y no le dexéis
salir de aqui. *Vase.*

Dor. Deteneos.

Gom. No es posible, pues me fuera,
porirme de vos huyendo,
quando no por alcanzar
á mi enemigo. Dor. Yo intento
daros las satisfacciones
que queraís. Gom. Sola una quiero.

Dor. Qual es?

Gom. Despues la diré.

Dor. Pues desde ahora la ofrezco,
como esperéis á que vuelva
mi padre.

Gom. Yo lo prometo.

Dor. Amor, qué no haré por tí?

Gom. Qué no haré por tí, deseo?

JORNADA SEGUNDA.

Salen Gomez Arias, y Dorotea en traje de camino.

Gom. En el verde laberinto de estas peñas, y estas ramas, defendido aun á los rayos del Sol, los caballos ata, en tanto que en su florida verde lisonjera estancia el hermoso dueño mio un breve rato descansa.

Dor. Poco el cansancio le aflige á quien va huyendo, pues quantas leguas atrás dexa, son sagrado de su esperanza: Y así, quanto mas camina, mas descansado se halla, porque fatigas del cuerpo le son alivios del alma.

Sale Ginés.

Gin. Ya los caballos, Señor, atados quedan con harta queixa de los tres: diciendo en rocinantes palabras, que por qué, siendo los locos nosotros, á ellos los atan?

Gom. Ya vendrás arrepentida de haber tenido tan rara resolucion. *Dor.* Eso temes mucho mi fineza agravias. No digo yo haber dexado por tí mi padre, y mi casa: mas los Imperios del mundo, quando por tí los dexára, aun me parecieran poco trofeo para tus plantas. Sola una cosa debiera tenerme desconfiada, que es el peligro que pueden correr mi honor, y mi fama, pero habiendome tú dado de esposo mano, y palabra, en cuya seguridad me trae mi desconfianza: por qué me he de arrepentir? y mas quando tengo tantas disculpas que me ocasionen una, ver que me trataba

mi padre de dar esposo á disgusto: otra, la estraña confusion de aquella noche, que tu enemigo te halla en mi casa, cuyo riesgo entonces Ginés restaura: y temer yo que otra vez suceda: otra, ver que estabas ya en Guadix desengañado de los zelos de Granada: Pues si con sola una ausencia tantos daños se reparan, supuesto que yo me libro de la sujecion tirana de un esposo á mi disgusto, tú de la zelosa saña de un competidor zeloso, y los dos de la pesada ocasion de nuestros zelos: qué necia desconfianza podrá hacer que me arrepienta? Y quando no militaran tantas razones, el verme hoy en tu poder no basta para vivir, dueño mio, felice, alegre, y ufana? No digo yo, que á Castilla me lleves, que es donde traras ir, pero á la mas remota Provincia, donde el Sol falta, ó donde preside el Sol, y una yela, y otra abrasa, iré gustosa contigo.

Gom. Lo que me debes me pagas: en esta florida alfombra, que texen colores varias, te sienta, en tanto que el Sol templá su luciente llama, ya que porque no nos sigan, del camino nos aparta el temor, y en despoblado estas dos, ó tres jornadas hemos de hacer. *Gin.* Harto sufre me cuesta el imaginarlas.

Gom. Por qué, Ginés?

Gin. Porque temo:--

Gom. Qué?

Gin. Que aquestas sierras altas, á cuyo pie estamos, son las sierras de la Alpujarra,

donde cada día los Moros,
que desde su cumbre baxan,
hacen estragos, y muertes.

Gin. Tu temor finge fantasmas:

quando de Guadix salimos

dos dias há, y una cabaña

nos dió alvergue, no tomamos

luego la parte contraria

de Sierra-Morena? *Gin.* Sí:

pero luego que dexada

la cabaña, que fue alvergue

de esta Angelica gallarda,

de noche salimos, quién

nos asegura no haya

nuestra ignorancia perdido

el camino? *Gom.* Quedo habla,

que entiendo que Dorotea

duerme. *Gin.* Rendida, y postrada

al sueño quedó: qué mucho,

si ha tres noches ya que anda

en trabajos? *Gom.* Dueño mío?

Gin. De qué sirve despertarla?

dexala dormir. *Gom.* No quiero

despertarla yo. *Gin.* Pues calla.

Gin. Asegurarme no mas

quiero si duerme. *Gin.* No basta

oírle roncar como un Angel?

Gin. Pues de ahí, Ginés, te levanta

con tal silencio, que apenas

las plantas sientan las plantas.

Gin. Bien haces en retirarte,

si lo haces por no inquietarla,

y dexarla dormir. *Gin.* No hago

sino mal, pues esta instancia

no es por dexarla dormir,

sino solo por dexarla.

Con quanto recato puedas,

los dos caballos desata,

y vamos de aquí. *Gin.* Qué dices?

Gin. Que he de decir? que esa rara

belleza, que al parecer

es una divina estatua

de Flora, que en estas selvas

el docto pincel del alva

de rosa, y jazmín pulió,

compuso de nieve, y nacar,

es un aspid para mí,

pues entre sus flores varias,

traidoramente mañosa,

mortales venenos guarda.

Ves toda aquea hermosura?

basilisco es, que amenaza

con la vista, y solo ahora

que no me ve no me mata.

O, nunca hubiera, Ginés,

con facilidades tantas

creído de mis deseos

las mentidas esperanzas!

Quanto gusto liberal

me ofreció amor al mirarla,

me le negó al conseguirla,

porque es Mercader que trata

en piedras, que solamente

la estimacion las ensalza,

y no valen nada el día

que la estimacion les falta.

Gin. Aunque eso en tu condicion

poca novedad me haga,

me hace mucha novedad

la ocasion en que lo tratas:

sola, y dormida en un monte

has de dexar una Dama?

Gom. Por qué no? si desde el punto

que mia pude llamarla,

la aborreci de manera,

que no hay vivora pisada

mas ponzoñosa á mis ojos?

Y quando esto no bastara

á hacerme ingrato con ella,

adonde quieres que vaya

cargado de una muger,

que quando intente negarla

la palabra que la he dado,

hallarla conmigo haga

la informacion contra mí?

pues sin ella, cosa es clara,

qué podré negarlo todo:

mi profesion es la espada:

mi caudal es mi valor:

y la Milicia mi patria:

pues yo pobre, y ella hermosa,

no es ocasionar la infamia

de vivir con su herm osura?

Y aun otra razon me falta

mayor que todas: Bea riz

ya conmigo disculpada

está, es rica, y es su amor

primero acreedor del alma.

Desata, pues, los caballos,

y á verla vamos. *Gin.* Mal haya

muger que á hombre enamorado
de otra cree. *Gom.* Ahora me sacas
moralidades? camina:

qué te detienes? *Gin.* Repara,
Señor, en que es tu crueldad
mayor, que:::-

Gom. La voz levantas?

Gin. No: mas digo que es accion
indigna de ti, que hagas
tal traicion á una muger,
á quien sacas de su casa,
y que de tí se confia:

modo habrá para apartarla
menos cruel; no la dexes
sola en aquesta montaña.

Granada tiene Conventos,
en uno puedes dexarla,
no la agravies en la vida,
ya que en el honor la agravias.

Gom. Vive Dios, que de tu pecho
sea llave aquesta daga,
que abriendo mil bocas, cierre
la que mis secretos guarda:
ó ven conmigo, ó aqui
quedarás á puñaladas
muerto.

Gin. Si á escoger me das,
escojo:::-

Gom. Mas quedo habla.

Gin. Irme, pero vuelve, y mira
esa hermosura gallarda.

Gom. Ya veo que es hermosa,
y por eso es desdichada:
no me hubiera ella creído,
que entonces yo la adorara;
pero ya para qué es buena?
pues no hay cosa que mas valga
que una hermosura, ni menos
que una hermosura gozada.

Vanse, y Dorotea dice como soñando.

Dor. Mi bien, mi esposo, no asi
de mi amor huyendo vayas.

Salen en lo alto Cañerí, y dos Moros.

Cañ. Baxad con silencio, que
de aqueste monte en la falda,
caballos, y gente he visto
entre esas espesas matas.

Uno. De aquel Caballero, que hoy
dimos muerte en la montaña,
quizá serán los caballos,

que dices que has visto. *Cañ.* Baxa
con silencio, no nos sienta,
porque ya sabes que anda
(temerosa de los robos,
muertes, iras, y venganzas
que hacemos) corriendo el monte
la Milicia de Granada,
que en tanto que Isabél viene,
asegura la campaña,
sin atreverse á subir
á Benamexí, ni á Gavia,
Plazas fuertes, que sustentan
la cerviz de la Alpujarra.

Otro. Azia esta parte fue donde
se oyó el ruido.

Baxan los otros.

Cañ. No te engañas,
que aqui fue donde yo ví
dos caballos: pero aguarda,
que he visto, si de mis ojos
no es ilusion, ó fantasma,
una divina deidad,
que ostenta altiva, y ufana,
para viva poca accion,
para muerta mucha alma.
Sobre el florido tapete,
que con suavidad el Aura
mulló de silvestre yerva,
texió de bruta esmeralda,
yace: en mi vida no ví
belleza mas soberana.

A ser Gentil, y no Moro,
dignamente imaginára,
que eran aquestas las selvas
de Venus, ú de Diana.
No sé si me determine
á acercarme, que turbada
el alma teme su riesgo,
y no con pequeña causa:
porque de cerca, qué hará
la que de lejos abrasa?

Dor. En qué mi amor te merece
tal rigor? *Cañ.* Entre si habla:
atreveréme á llegar,
ya que su voz desengaña,
que no es deidad, pues que dueñe

Despierta Dorotea.

Dor. Espera, Señor, aguarda,
no huyas: mas ay de mí Cielos,
qué oposiciones contrarias
son estas? entre los brazos

de mi esposo (pena estraña!)
 dormí; (infelice desdicha!)
 y quando (aliento me faltó)
 despierto, (tirana suerte!)
 me hallo (el corazon se arranca!)
 en brazos (de yelo soy!)
 de un negro monstruo. (qué ansia!)
 Dime, qué has hecho del día,
 atezada nube parda?
 sombra, qué has hecho del Sol?
 noche, qué has hecho del Alva?
 Esposo, señor, mi dueño,
 dónde estás? *Quiere huir.*

Cañ. No huyendo vayas,
 que no podrás, aunque amor
 te preste mejor las alas:
 y si por dicha es un joven
 galán el dueño que llamas,
 y él á este monte te traxo,
 en vano que venga aguardas
 á socorrerte, porque
 entre aquellas penas altas
 mi gente le ha dado muerte.
Dor. Falte á mis ojos la clara
 luz del día, pues nací
 para ser tan desdichada:
 mas qué digo? muerto él,
 y viva yo? es repugnancia
 imposible, que no pudo
 morir sin mi quien estaba
 en mi pecho, y no tenia
 mas ser, mas vida, mas alma
 que mi amor: si acaso (ay triste!)
 preso le teneis, y tanta
 no ha sido vuestra fiera,
 llevadme á mí por esclava,
 y dadle á él la libertad,
 para que él á tratar vaya
 el rescate de los dos:
 y no temais que haga falta,
 quedandome yo, porque
 me adora, me estima, y ama
 de manera, que es lo mismo
 partir sin mí, que sin alma.
 Y si el precio de mi hacienda
 hoy para los dos no basta,
 quede él libre, y yo cautiva:
 pero si es verdad (qué rabia!)
 que le habeis muerto, (tal digo,
 sin morir yo!) no hagais tanta

sinrazon á mis finezas,
 que viva me dexéis; haga
 esta piedad el rigor
 siquiera una vez, y haya
 un exemplar en el mundo
 de que las piedades matan.

Cañ. Infeliz muger, tu esposo,
 si era un joven, que hoy estaba,
 como he dicho, en ese monte,
 en él murió; y tus desgracias,
 aunque enternecen las penas,
 aunque los riscos ablandan,
 y aunque los peñascos mueven,
 no las barbaras entrañas
 de mi rigor; ni presumas,
 ya que en mi poder te hallas,
 que los diamantes de Oriente,
 ni los tesoros de Arabia
 serán precio á tu rescate:
 mia has de ser, coronada
 te has de ver, no solamente
 por Reyna de la Alpujarra,
 pero del mundo: á la Sierra
 conmigo vén. *Dor.* Con tus armas
 mismas me daré primero
 mil muertes. *Cañ.* En vano tratas
 defenderte: qué esperais?
 asidla los dos, llevadla.

Dor. Esto los Cielos consienten?
 cómo en ellos piedad falta?
 y en esta ocasion no tocan
 truenos, y rayos? *Dentro cañas.*

Dentro todos. Al arma.

Cañ. Qué es eso? perdidos somos,
 una numerosa esquadra
 cercandonos viene; pero
 sin pelear, á la montaña
 nos retiremos, llevando
 esta muger, que ella basta
 hoy para presa, y no quiero
 peleando aventurarla.

Dor. Cielos, doleos de mí.

Cañ. En vano á los Cielos llamas.

Dentro dice Don Diego.

Dieg. Azia aqui se oyen las voces:
 adusto barbaro, aguarda,
 que has de dexar en mis manos
 la hermosa presa que alcanzas.

Cañ. Antes dexaré la vida. *Dentro cañas.*

Uno. Imposible es ya llevarla.

con nosotros, pues es fuerza
que volvamos las espaldas.
Can. Pocos somos, y ellos muchos:
Soldados, á la montaña.
Perdí el tesoro mayor que
en una hermosa Christiana.
Vanse, dexan á Dorotea, y salen los Soldados,
y Don Diego.

Dieg. Venid, Señora, conmigo,
que como noble, palabra
os doy, que vuestra fortuna
me ha enternecido: en mi casa,
hasta reparar el daño
que os sigue, estaréis: mis canas
de vuestra seguridad
son la mas digna fianza:
con una hija que tengo
estaréis, hasta que haya
remedio en vuestras desdichas.

Dor. Perdonad, si merced tanta
no reuso recibir,
porque es preciso aceptarla.

Dieg. Venid pues.

Dor. Sin vida voy:
ay infeliz Gomez Arias,
la vida mi amor te cuesta,
muriendo sabré pagarla.

Vanse, y salen Don Felix, y Fabio.

Fel. Hallandome ya vengado,
y que Don Luis ofendido
estaria, habiendo sido
el lance en su casa, osado
salí de ella, y sin parar
en Guadix un breve instante,
tomé un rocín, que arrogante
me traxo, sin descansar,
á Granada, de un aliento
corriendo esas nueve leguas,
aqui, pues, haciendo treguas
el temor, y el ardimiento,
me he estado aquestos tres dias
escondido, y retirado:
y viendo que no ha llegado
de aquestas fortunas mias
alguna nueva á Granada,
y que no se encuentra en ella
el raro empeño de aquella
muerte, sin mirar en nada,
el retrahimiento dexar
quise, que si no ha sabido

Beatriz lo que ha sucedido:
de qué me ha servido andar
tan dichoso? yo querria
que el vulgo se lo dixera:
pues él lo calla, quisiera
que lo oyga de la voz mia.
Don Diego su padre ha ido
por Capitan de la tierra
á asegurar de la Sierra
el paso, pues yo atrevido
hoy en su casa entraré,
no estando Don Diego en ella,
y vengado de su bella
ingratitude quedaré:
Vamos llegando á su casa.

Vanse los dos, y salen Don Juan, y Flor
criado.

Juan. Este es el medio mejor
para templar de mi amor
el fuego con que me abrasa:
bien, que habiendo Dorotea
tomado resolucion
tan estraña, á mi passion
no hay remedio que lo sea,
como tratar de olvidarla.

Flor. En fin de casa faltó?

Juan. Aunque su padre intentó
su afrenta disimularla,
ya en el Lugar se ha sabido
que un Gomez Arias, Soldado,
de su casa la ha sacado:
y asi, poniendo en olvido
aquella loca passion
que tan ciego me tenia,
acudir quiero este dia
á mi aumento, y mi opinion,
casando con Beatriz bella.

Flor. Esta de Don Diego es
la casa. *Juan.* Entra, *Flor*, pues,
y pregunta si está en ella.

Vanse los dos, y salen Gomez Arias
y Ginés.

Gin. En fin, que te has atrevido
á entrar en Granada? *Gom.* Sí,
pues qué he hecho yo, para qué
de Granada ausente esté?
Si una herida á Felix di,
por quien zeloso, y cruel
allá en Guadix me buscó,
antes me importa que no

Presuman que yo huyo de él,
que si me ausenté aquel día
que le herí, por pensar fue
que se muriera, porque
a la Justicia temia.

Gin. Y lo que te ha sucedido
despues, no te dá cuidado?

Gom. No, porque lo bien negado,
nunca es, *Ginés*, bien creído:
negar pienso que yo fui
el que sacó á Dorotéa

de su casa, y quando crea
todo el mundo que fue así,
cómo me lo ha de probar?

Gin. Tú tienes buen desenfado.

Gom. De Beatriz enamorado,
á Beatriz pienso adorar.

Gin. Y si, aunque tan fino estás,
te desagrada al gozarla,

qué has de hacer della?

Gom. Dexarla
en otro monte, habrá mas?

No sé como me he vencido
á no matarla: mas quiero

hablar con Beatriz primero,
para saber lo que ha habido

en su misma casa hoy,
della sabré lo que pasa.

Salen Beatriz, y Celia.

Un hombre se ha entrado en casa.

Beat. Quién es quien así?

Gom. Yo soy,

Señora Doña Beatriz,

que habiendo ahora sabido,

adonde ausente he vivido

estos días, el feliz

casamiento que tratais,

venir me pareció bien

á daros el parabien,

porque la razon veais

que de quejarme de vos

tengo, pues quando á un galán

hieren mis zelos, están

otros de repuesto: dos

quejas de vos mi amor tiene,

y es fuerza que una á otra iguale;

pues uno de noche sale

de esta casa, y otro viene

á ella de día: qué accion

habrá que disculpa espere

Gin. No juzgará quien le oyere,
que tiene mucha razon?

Beat. Señor Gomez Arias, yo

no trato de dar disculpa,

que hay cierta especie de culpa

en quien se disculpa: y no

tengo de qué, pues jamás

mi firme amor ofendió:

Don Felix, que fue el que aquí

entró una noche, no hay mas

verdad, de que fue movido

de mi desdén, y sus zelos:

y saben los mismos Cielos,

que quando le hallé escondido

di voces, con que le obligo

á que de aquí se ausentase,

sin que palabra me hablase.

Gin. Bien concuerda este testigo.

Beat. Si al salir vos le encontrasteis,

y con él, Señor, reñisteis,

si colérico le heristeis,

si quexoso os ausentasteis,

harto vuestra ausencia yo

he llorado, y he sentido:

y si en fin, darme marido

en esta ausencia trató

mi padre, no habiendo dado

yo en ausencia vuestra el sí,

qué quexa teneis de mí?

dueño sois de mi cuidado,

ni uno, ni otro os den pasiones:

vuestra me nombran mis labios.

Gom. Qué bien, sobre hacer agravios,

suenan oir satisfacciones!

Gin. Puesto que esté Beatriz bella

tan fina, hazte de rogar,

que todo, Señor, es dar

en otro monte con ella.

Gom. Bien pensareis que yo ahora

quedaré muy satisfecho.

Beat. La verdad nunca sospecho

teme ser creída. *Cel.* Señora,

Don Felix (ay infeliz!)

en casa entra. *Gin.* La verdad

no teme jamás. *Gom.* Mirad,

señora Doña Beatriz:

Cel. A detenerle sald্রে.

Gom. Si es justa la quexa mia,

pues ya Don Felix de día

á veros viene. *Beat.* Porque

veais que ocasion no le di,
 ázia alli os retirad. *Gom.* Yo
 de mi enemigo? eso no.

Beat. No es por él, sino por mí.

Gom. Entre, y halleme aqui ahora.

Cel. dent. De aqui no habeis de pasar.

Fel. No pretendo mas que hablar,

Celia mia, á tu Señora

una palabra. *Cel.* No es

posible ahora, Señor.

Beat. Poco te debe mi honor.

Gom. Menos á ti mi amor, pues

quien de noche me ofendió,

ya de dia á verte viene.

Beat. Tan pequeña ocasion tiene

de noche, como de dia.

Fel. Dexame entrar, pues no está

en casa el señor Don Diego.

Beat. Que te retires te ruego,

y no pon mi riesgo ya,

sino por desengañarte

de que ocasion no le di.

Gom. No he de esconderme.

Gin. Yo sí.

Beat. Llorando esto he de rogarte.

Gom. Há mugeres! de qué modo

podrá un hombre resistirse,

si en efecto han de salirse

vuestras lagrimas con todo?

Beat. Debate yo esta fineza.

Gom. Harto á mi pesar la haré.

Escondese, y salen los dos.

Cel. Advienteme.

Fel. Entrar tengo, aunque

mas se ofenda su belleza.

Beat. Qué es eso, Celia? *Cel.* Señora,

el señor Don Felix es,

que aqui entrar porfia. *Beat.* Pues

qué nueva ocasion ahora,

señor Don Felix, os mueve

á tan grande atrevimiento?

Qué favor á mi tormento

vuestro cansado amor debe,

para que en mi casa entreis

de esta suerte? ó qué ocasion

he dado para esta accion?

Fel. Escuchad, y la sabreis.

vos me dixisteis un dia

que de cobarde fingí

yo mi muerte, porque así

ver ausente pretendia

vuestro amante, y mi enemigo.

Beat. Si diria, no me acuerdo,

colera fue, y desacuerdo.

Fel. Yo, pues, aunque no me obligo

á fatisfacer jamás

desacuerdos de muger,

os quiero satisfacer,

quizá por quereros mas,

si bien, es fuerza que os pese

de la fineza, supuesto

que yo á buscarle dispuesto

donde quiera que estuviese

quedé. *Beat.* Sin duda ha sabido

que aqui está, y viene á buscarle.

Fel. Y soy tan feliz, que hallarle

puede; y así, hoy he venido:

Beat. Mi temor ha sido cierto.

Fel. A deciros solamente,

que aunque él era tan valiente,

en Guadix le dexo muerto.

Beat. Ha sido una ilustre accion.

Fel. Que lo sepais he querido.

Beat. Cierito vos habeis cumplido

toda vuestra obligacion.

Gom. Qué gusto, y qué vanidad

es ver al competidor

desayrado! *Gin.* A mí, Señor,

se me debe la mitad.

Fel. No siente mas el severo

rigor vuestro aquesto oír?

Beat. Pues tengo yo de sentir

que ande ayroso un Caballero

como vos? Y pues, estoy

satisfecha, y vos lo estais,

os ruego, Señor, que os vais.

Gin. A retraher. *Fel.* Si no os doy

mas sentimientto, no habrán

conseguido mi esperanza

cabal toda su venganza.

Gin. Ahora es quando la dá

un bofeton. *Gom.* Bofeton?

Gin. No lo hizo de esta manera

al salir de la leonera

Manuel Ponce de Leon?

Beat. Pues, qué venganza de mí

esperais? *Fel.* Esa sola

de sentirla, y:

Dentro ruido, y dice Don Diego

Dieg. Tened, ola,

este caballo. *Beat.* Ay de mí!
 en buen lance me habeis puesto,
 que este es mi padre. *Fel.* Yo haré
 que se remedie. *Beat.* Con qué
 se ha de remediar? *Fel.* Con esto:
 escondiendome aquí, no
 me verá. *Gin.* Aquí no hay lugar,
 busque otro. *Beat.* Va á esconderse, y halla á los dos.

Beat. Qué pesar!

Fel. Pues quién está aquí?

Gin. Yo. *Gin.* Y yo.

Fel. Pues cómo, cobarde, estás
 vivo, á pesar de mi aliento?

Gin. Murióse de cumplimiento,
 por bien parecer no más.

Gin. Como para darme á mí
 muerte no eras tú bastante.

Fel. Yo lo haré verdad delante
 de Beatriz misma. *Beat.* No así
 mi vida, opinion, y fama
 destruyais, pues lo primero
 en quien nació Caballero
 es el honor de la Dama.

Y ya que ha sido ventura
 que mi padre alapearse,
 le miro hablando, pararse,
 con un hombre, la cordura
 vuestra :- *Fel.* Estoy muy desayrado
 para estar tan advertido.

Gin. Y yo muy favorecido
 para estar desatinado.

y pues no se ha de creer
 de mí que aquesto es temor,
 sino atencion al amor
 de una principal muger,
 me escondo : vuestros estremos
 miren quan preciso es
 esto ahora, que despues
 en la calle nos veremos.

Escondense Gomez Arias, y Ginés.

Beat. Señor Don Felix, por Dios,
 que por esa puerta os vais
 del Jardin, que aventurais
 mucho en mi honor.

Beat. Aunque vos,
 Beatriz, no me mereceis
 esta templanza, y yo quiero
 tenerla, en la calle espero
 que satisfecha quedeis

de como mi esfuerço sabe
 desempeñarse de todo. *Vas e.*

Beat. Yo ahora echando de este modo
 á aquesta puerta la llave,
 le aseguro que atrevido
 no salga : hay mas infeliz
 muger que yo? Pues :-

Salen Don Diego, Dorotea, y Soldados.

Dieg. Beatriz?

Beat. Señor, seais bien venido.

Dieg. Aunque siempre que yo llego
 á tus brazos, puedes darme
 muchos parabienes, nunca
 con mas razon que esta tarde
 advierte qué hermosa amiga
 te traygo,

Dor. En vuestras piedades
 llego á conocer humilde
 el sagrado á que me trahe
 á retraher mi fortuna,
 y no satisfecha en valde,
 pues ya segura estará
 quien tiene por guarda un Angel.

Beat. De la ocasion de esta dicha
 no he menester informarme,
 ni quien sois, pues basta ver
 tal belleza, y tal donayre,
 para que os sirvais de mí.

Dieg. Pues quando á saber alcances
 sus fortunas, aun harás,
 Beatriz, finezas mas grandes:
 con su esposo atravesaba
 de las montañas la margen,
 quando el fiero Cañerí,
 adusto barbaro Alarbe,
 le salió al paso, la muerte
 dió á su esposo.

Dor. Ay duro trancel
 cómo es posible que oído
 atormentes, y no mates?

Dieg. Quedó en su poder cautiva
 y á los estremos que hace,
 á los suspiros que arroja,
 y á las lagrimas que esparce,
 llegué yo: pude en efecto
 librarla, y porque repare
 el tropel de sus fortunas,
 movido á lastimas tales,
 mientras á su padre escribe,
 quiero que en casa se ampare.

Beat.

Beat. Es piedad de tu nobleza digna; no pulieras darme joya, que estimára mas, que tan piadoso mostrarte en sus desdichas: y vos, Señora, á vuestros pesares creed que hallasteis alivio, ya que remedio no hallasteis, pues alivia, y no remedia, el que siente.

Dor. El Cielo os guarde, y entended que libertad no me ha dado vuestro padre, pues en mas esclavitud ahora me pone. *Dieg.* Basten los cortesos cumplimientos: cansado estoy: Celia trahe luz á mi quarto, y tú puedes al tuyo, Beatriz, llevarte contigo á esa Dama. *Beat.* En él procuraré la agasajen mis deseos. *Dieg.* Si supieras qué gusto en eso me haces!

Sale Celia con luces.

Cel. Un anciano Caballero, y forastero en el trage, por tí pregunta. *Dieg.* Saldré al recibimiento á hablarle.

Vase Don Diego, y Celia.

Beat. Cielos, qué he de hacer ahora, de tantas dificultades cercada? desta muger, de hoy conocida, fiarme, no es cordura; pues llevarla á mi quarto, es á que alcance mis secretos, quando en él está encerrado mi amante.

Dor. Deshecha fortuna mia, no te pido en mis pesares remedio, ya sé que vienen los tuyos mal, nunca, ó tarde.

Beat. Dar lugar á que él se vaya, sin verle ella, que esto es facil, es dar lugar á que al punto él, y Don Felix se maten.

Dor. Una palabra siquiera, desde que se fue su padre, esta Dama no me ha hablado: cuánto el animo cobarde de un menesteroso en todo,

está temiendo que canse! Esforcemonos á hacer rendimientos: Tus semblantes, Señora, á entender me dán algun sentimiento grave, porque el silencio es á veces el mas parlero language: y mas quando de los ojos mas, que de la voz, se vale: pesariame ser yo la ocasion que te obligase á esa suspension.

Beat. Pues quando ha menester ayudarse la desdicha de terceros, si ella por sí sola sabe desempeñarse con todos, no valiendo de nadie? Antes que vinierais vos triste estaba, no os espante que ahora lo esté.

Dor. No me espanto de que sea en qualquier lance tristezas quantas yo encuentre, desdichas quantas yo halle, que sabiendo la fortuna que era, Señora, esta parte donde habia de venir yo á parar, vino delante, cargada de sinrazones, solo á hacerme el hospedage.

Sale Celia.

Beat. A questo me determino: Celia, en tanto que yo trate de que en mi quarto aderecen lo que es necesario, baxe aquesta Dama contigo al Jardin, para que halle en él algun desahogo.

Dor. Aquesto es gana de echarme de aqui, obedecer es fuerza: Segunda merced me haces en dar licencia, Señora, á que puedan mis pesares regar con llanto la tierra, poblar con quejas el ayre.

Beat. Oye, Celia.

Cel. Qué me mandas?

Beat. Que un momento no te apartes della, ni volver la dexes,

hasta que yo misma llane.

Cel. Su guarda será de vista.

Beat. El mismo ha de aconsejarme.

lo que he de hacer : Gomez Arias,

no dudo de que ya sabes

el mucho cuidado que hay

en casa. *Gom.* Como cerraste

la puerta , que hablen se oye,

mas no quien , ni lo que hablen.

Beat. Pues sabrás:::-

Gom. Saber no quiero

nada , sino que me saques

presto de aqui , no presumas

Don Felix que es de cobarde

esta tardanza. *Gin.* No hagas

tal , asi el Cielo te guarde,

que bien estamos aqui.

Beat. Primero que :::- mas mi padre

vuelve.

Gom. Pues por si me ha visto,

no vuelvas á echar la llave.

Beat. Cómo no? no has de salir,

hasta que:::-

Vase Beatriz , y sale Don Luis en traje de camino.

Dieg. Entrad , Don Luis , que mas despacio quiero,

ya de vuestras desdichas informado,

saber qué me mandais , pues considero

quanto estoy á sentir las obligado.

Luis. Por noble , por amigo , y Caballero,

vengo en vuestros favores confiado.

Dieg. Proseguid , y hablad quedo.

Luis. En qué quedasteis?

Dieg. En que menos , Don Luis , vuestra hija hallasteis,

á cuyo grave empeño mas atento,

en parte quise mas oculta oiros.

Luis. Y fue bien , para que cobrase aliento

el bastardo raudal de mis suspiros,

al pronunciar la fuerza del tormento,

que aun á vos converguenza he de deciros:

porque ni es noble , honrado , cuerdo , ó sabio

el que sabe el idioma de su agravio.

Faltó , pues , de mi casa (dolor fuerte!)

Dorotéa , (ay desdicha rigurosa!)

yo entonces afligido (bien se advierte)

dispuse (prevencion dificultosa)

decir que en un Convento (dura suerte!)

la tenia , creyendo (accion penosa!)

que engañaba (ay de mi) á quien lo contaba,

y era yo mismo á mi quien me engañaba.

Cuerdo , prudente , atento me imagino

Salé Don Diego.

Vase. *Dieg.* Beatriz , qué haces?

Beat. Aquí estoy dando , Señor,

orden como acomodarse

á aquesta Señora pueda.

Dieg. Dónde está?

Beat. En el Jardin.

Dieg. Hazme

gusto de baxarte tú

con ella por un instante,

que el hombre que me buscaba,

no es hombre que puedo hablarle

en ese recibimiento,

y quiero que aqui entre.

Beat. Dadme

favor , Cielos : siempre yo

obedezco quanto mandes.

Sin duda aqueste es Don Juan,

el que aqui vino esta tarde.

Quatro riesgos tengo , pues

tengo mi esposo , y mi padre

aqui , mi amante en mi quarto,

y á mi enemigo en la calle.

ciego, loco, colérico me veo;
 sagáz, callado, y mudo lo examino;
 furioso, osado, é incapaz lo creo:
 una criada sola abrió camino
 al continuo anhelar de mi deseo,
 diciendome quien era el homicida
 de mi honor, fueralo antes de mi vida.
 Gomez Arias me dice que se llama,
 porque mayor mi sentimiento sea,
 sabiendo que es de quien contó la fama
 que en vicios solo su vivir emplea;
 nuevo dolor, que nuevamente infama
 la atrevida eleccion de Dorotéa,
 mostrando así que no hay desdicha alguna,
 donde no haga otra suerte la fortuna.
 Sabiendo, pues, que este hombre es un Soldado,
 y que en Granada está su Compañía,
 y que hoy á vos el cargo se os ha dado
 de ser de todas Cabo, la ansia mia
 de vos viene á valerse, confiado
 de que si dél sabeis, tener podria,
 si no remedio mi dolor, consuelo;

Dieg. No prosigais, que esta voz *Luis.* Golpes dan en una puerta;
 es de Beatriz, qué es aquesto? iré sus pasos siguiendo.

Celia? Laura? á verlo iré: *Gom.* Aunque fueras de diamante,
 perdonadme, diera contigo en el suelo.

Vase Don Diego, y sale Dorotéa. *Abre la puerta, y salen los dos.*

Dor. Acude presto,
 Señor, porque en el Jardin siempre por Limbos andemos?
 ha caído: mas qué veo? *Gin.* Que con no ser inocentes,
 ay de mí infeliz! *Luis.* Qué miro? *Dor.* Padre, señor:-- *Gom.* Esta es
 traxo mi venganza el Cielo Beatriz, pues dice su acento
 á mis manos: hija aleve. señor, y padre. *Dor.* No así
 castigues un desacierto
 de amor.

Dor. Señor:--
Luis. Hoy aqueste acero:-- *Luis.* Dónde se ha escondido
Dor. Dónde huir podré? la luz esta vil, que no la encuentro?

se apagó. *Luis.* Y ha sido acierto, *Encuentra Dorotéa con Gomez Arias.*
 porque mi rigor disculpe *Gom.* No temas, Señora, yo
 estar tantas veces ciego, soy quien á mi cargo tengo

Dor. Que me dá muerte mi padre, tu defensa: vén conmigo.
Gom. dent. Rompe aquea puerta presto, *Dor.* Este es sin duda Don Diego,
 no oyes decir que la dá pues que dice que á su cargo
 muerte su padre? mi vida está. *Gin.* Sigue presto

Gin. No puedo. *Gom.* Ya de una desdicha, Cielos,
Luis. Dónde estás? saqué una dicha, pues ya

Dor. Oh, quien pudiera *Encuentra Don Luis con Ginés.*
 decir que en el mismo centro á Beatriz conmigo llevo.

Gom. El sabe que estoy aquí, *Luis.* Hija aleve. *Gin.* Yo hija aleve?

Luis. Hoy morirás á este acero.
 Gin. A qual? que yo no veo nada.
 Luis. Qué voz oygo?

Salen Don Diego con luz, y Beatriz.
 Dieg. Qué es aquesto?

Luis. Hombre, quién eres? Gin. No sé
 quien soy.

Dieg. Qué haces aqui dentro?

Gin. Hago una Santa Susana,
 meridita entre dos viejos.

y entrambos los santos Padres
 de los dos demonios nuestros.

Luis. Dónde se fue una muger
 que aqui estaba? Dieg. Qué es tu intento?

Gin. Negar á todo me importa:
 no sé nada, ruido oyendo

en la calle, me entré aqui
 majaderamente necio.

Luis. Don Diego, á mi hija he hallado
 en vuestra casa. Dieg. Yo entiendo

que es una que yo en la Sierra
 encontré, su esposo muerto.

Luis. Sigamosla, pues ha huido:
 pero aunque la preste el viento

sus alas, la acanзарé. *Vase.*

Dieg. Oh nunca hubiera sucedido
 á Beatriz tan infelice

sucedido! pues por esto
 falté yo de aqui. Beat. Señor,

no te aflija el sentimiento,
 que el suito, no la caída,

fue por entonces el riesgo.

Dieg. Pues recogete á tu quarto,
 en tanto, Beatriz, que vuelvo. *Vase.*

Beat. Ginés, qué es esto? Gin. Pues yo,
 ni el diablo sabe que es esto:

no te mataba tu padre?

Beat. A mí, por qué, no sabiendo
 que estaba aqui tu Señor?

las voces que he dado, fueron
 causadas de una caída.

Gin. Luego no eres, segun eso,
 una Dama que él se lleva?

Beat. Calla, que esa voz me ha muerto.

Gin. A mi aqueise moxicon.

Beat. Dama se lleva? Gin. Y sospecho,
 que aunque es llevada, es traída,

si es la hija deste viejo.

Beat. De zelos estoy rabiando.

Gin. Pues no rabies mucho dellos,

que en el primer montecito
 dará venganza á tus zelos.

JORNADA TERCERA.

Salen Gomez Arias, Dorotea, y Ginés

Gom. Aborrecida muger,

cuya fiera vista asombra,

eres acaso mi sombra,

que tras mí te he de tener

cómo estás en mi poder

de qué suerte? que lo ignoro:

tus transformaciones lloro,

y tus engaños padezco:

pues miro lo que aborrezco,

donde traygo lo que adoro,

Dor. Si yo he sido la que á tí

ya por muerto te lloré,

y al verme te espantas, qué

me dexas que hacer á mí?

Siempre el vivo al muerto

temer: siendo aquesto cierto,

cómo al contrario lo advierto,

pues en trance tan esquivo,

se asombra el muerto del vivo,

y agasaja el vivo al muerto?

Quando de un sueño, que en mi

imagen dos veces fue

de la muerte, desperté

en poder de Cáñeri:

quando restaurada fui

de una generosa espada:

quando en su casa alvergada

con Beatriz bella vivia,

tu muerte solo sentia,

de tu sombra enamorada.

Pues por qué ahora afligida

intentas que de una suerte,

quien ha llorado tu muerte,

tenga que llorar tu vida?

No quexosa, no ofendida

quiere mostrarme, Señor,

de aquel pasado rigor:

no de que me hayais trahido

por otra, y no de haber sido

desengaño de tu amor,

se valen mis desconuelos:

que á tu vida agradecida,

en albricias de tu vida,

perdono todos mis zelos:

mas por qué en todos desvelos
nuevas penas solícitas?
por qué el contento me quitas
de haberte llegado á ver?

Gom. Lo mas que yo he menester
ahora son dos lagrimitas.

Gin. Oh nunca hubiera salido
de aquella casa jamás!
nunca por servirte mas
te hubiera hasta aquí seguido,
para no ver afligido
un corazón que te adora:
mira que es muger, y llora,
que es ser dos veces muger.

Gom. Lo mas que yo he menester
documenticos ahora.

Qué consuelo habrá que sea
hoy para mi amor feliz,
viendo perdida á Beatriz,
y cobrada á Dorotea!

Dor. Ya que ofendida se vea
tanto mi fé, tu valor
no ofendas: dexa, Señor,
de decirme agravios, pues
una cosa es ser cortés,
y otra no tener amor.
Paga siquiera con estas
atenciones, aunque leves,
los suspiros que me debes,
las lagrimas que me cuestas.

Gom. Qué finezas tan molestas!

Dor. Fuerza es que lo hayan de ser,
que al fin son mias. *Gom.* Mugery,
qué me lloras? qué me quieres?
no te conozco: quién eres?
qué te debo? *Dor.* Honor, y sér.

Gom. Quieres saber como yo
á nada estoy obligado?
Haber tu casa dexado,
ó fue por amor, ó no:
si tu amor no te obligó,
en que obligacion pusiste
tú á mi amor? y si lo hiciste
porque amor te obligó á ello,
he de agradecer yo aquello
que tú por tu amor hiciste?
Luego que tú enamorada,
de casa dexes, ó no,
de qualquiera suerte, yo
no vengo á deberte nada;

que es doctrina muy errada
el juzgar que una muger
algo se ha de agradecer,
si es gusto, ó es conveniencia
en qualquier correspondencia
el querer, ó el no querer.
Y asi, ser tú á quien trahia
y no á Beatriz, de manera
mi colera irrita fiera,
que volviera á dar el dia
por la obscura noche fria:
y si aquesto no ha bastado
á haberte desengañado,
pues dormida te dexé
una vez, ahora lo haré
despierta. *Dor.* Qué monstruo airado,
que barbaramente aleve,
no hay precepto que le domé,
que elado cadaver come,
que caliente coral bebe,
á una quexa no se mueve?

Gom. Yo, á quien ha hecho el rigor
nuevo Caribe de amor:

Vamos Ginés. *Dor.* Considera,
que en una desierta esfera
me dexas, donde mi honor
segunda vez aventuras:
mira que á vista (ay de mí!)
estás de Benamexi:
mira que estas penas duras
teatro de desventuras
son. *Gom.* Qué muger tan cansadal

Dor. No dirás enamorada?

Gom. Suelta: vamonos, Ginés.

Dor. Que así me dexes! *Gom.* Sí. *Dor.* Podrá
á tus plantas arrojada,
de tí no me he de apartar,
ú otro medio has de elegir.

Gom. Quál es? *Dor.* Sin mí no te has de ir,
ó la muerte me has de dar.

Gom. Ni uno, ni otro he de otorgar:
pues ya de otra suerte aquí
sé como me he de ir sin tí,
y sin que te dé la muerte.

Dor. De qué suerte? *Gom.* Desta suerte:
Guardas de Benamexi?

Sale Cañerí en lo alto al muro.

Cañ. Desde aquellas altas penas,
que yacen de sí pendiendo,
á esta Ciudad viene haciendo

de paz un Christiano señas.

Gom. No son las tuyas pequeñas para no dudar de tí, que tú eres el Cañerí.

Cañ. Yo soy, qué quereis? *Gom.* No mas de saber::: *Cañ.* Qué? *Gom.* Si querrás comprar una esclava? *Cañ.* Sí.

Dor. Dónde tus intentos van?

Gom. A venderte, aborrecida.

Gin. Qué muger no está vendida

en poder de su galán?

Dor. Advierte::: *Gom.* En vano serán las lagrimas ya. *Cañ.* Qué es della?

Gom. Aquesta muger es bella.

Cañ. Pues cómo dudas si quiero

comprarla? que un mundo entero daré, Christiano, por ella.

Pídeme por su hermosura

quanto avariento tesoro

traxo á retraher el Moro

á esta Barbara espesura:

no engendra del Sol la pura

luz, por quantos rumbos huella,

ni el mar guarda, el monte sella,

ni la ambicion descubrió

tanto oro, como yo

daré, Christiano, por ella.

Quanta plata se recata

en los centros de la tierra,

daré, haciendo aquesta Sierra

Sierra-Nevada de plata:

quanto cristál se desata,

y en sí mismo se atropella

por esa campana bella,

por mas que haya despenado,

en blancas perlas cuaxado,

daré, Christiano, por ella.

Toda esa yerba florida,

que en la cumbre, y en la faldá

ha sido bruta esmeralda,

será esmeralda pulida:

la rosa menos crecida,

rubí será; la mas bella,

diamante: el diamante estrella;

y en fin, quanto gran tesoro

tengo en piedras, plata, y oro,

daré, Christiano, por ella.

Aguarda, que á tratar voy,

no el precio, sino la entrega:

ázia la puerta te llega

del rastrillo: Cielos, hoy

del mismo Sol dueño soy.

Kare.

Gom. Baxa, pues, baxa por ella,

si en tu poder quieres vella;

que si tienes tú, al miralla,

tanta gana de compralla,

mas tengo yo de vendella.

Dor. Monstruo ingrato, bruto fiero,

pasmo horrible, asombro vil,

fiera inculta, aspid traydor,

cruel tigre, ladrón nebli,

leon herido, lobo hambriento,

horror mortal, y hombre, en fin,

por decirte de una vez

quanto te puedo decir.

Qué intentas? qué solicitas?

qué determinas? que así

en tu ofensa todo el Cielo

conjuras, sin advertir

que á tanto delito ya

todo su Imperial zafir,

piadosamente irritado,

forjando está contra tí

los rayos de ciento en ciento,

las iras de mil en mil.

Venderme tratas, tirano?

venderme, sin prevenir,

que aunque el amor me hizo esclava,

libre soy, libre nació?

A un monstruo venderme quieres?

de qué barbaro Gentil

se cuenta accion tan infame,

se dice hazaña tan vil?

Tu misma Dama, no quiero

tu misma esposa decir,

ser dama basta, aunque sea

dama aborrecida, dí,

entregas á agenos brazos?

Vengue me el Cielo de tí,

el Sol te niegue sus luces,

su aliento el ayre sutil,

el agua su azul esfera,

la tierra su verde Abril.

Bañado en tu misma sangre

un verdugo dividir

veas por traydor tu cuello:

pero qué digo? ay de mí!

Mi señor, mi bien, mi esposo;

tu esclava soy, es así;

mas no fugitiva esclava,

Pues por qué he de presumir,
 que fiel, y no fugitiva,
 te has de deshacer de mí?
 Si yo te di algun enojo,
 si algun enfado te di,
 maltratame, y no me vendas,
 muera yo, y vive feliz.
 Favorable el Sol te alumbre
 desde su hermoso Cenit,
 suave el ayre te regale,
 la agua en su claro viril
 te sirva de espejo, y sea
 toda la tierra un jardin.
 Cañerí, ese monstruo fiero,
 quando en el verde pais
 de esa montaña me vió
 aquella tarde dormir,
 se mostró, al verme despierta,
 enamorado de mí
 porque soy en ser querida,
 y aborrecida infeliz.
 Oh quien pudiera à los Astros
 la residencia pedir,
 por qué el que aborrezco yo
 me ha de amar? y por qué á mí
 me ha de aborrecer aquel
 á quien el alma le di?
 Pero qué locura! que esta
 no es materia para aquí:
 solo lo digo porque,
 si no basto á prevenir
 yo tus piedades, los zelos
 me ayuden: dellos oí,
 que aun de lo que se aborrece
 se saben hacer sentir:
 qual debo yo de estár, quando
 me valgo de gente ruin!
 quando no de enamorado
 los tengas, de honrado sí.
 Siquiera porque tal vez
 pude de tu labio oír
 que habías de ser mi esposo:
 no pierdas, pues, desde aquí
 tanto el miedo á tus agravios,
 que en la mitad del decir
 te alcanca, pues en los dos
 la duda se vió partir:
 tú, porque me lo dixiste;
 yo, porque te lo creí.
 Señor Gomez Arias,

duelete de mí,
 no me dexes presa
 en Benamexi.
 Si el temor de la palabra
 que me has dado te hace huir,
 por no cumplirla, Señor,
 yo te doy palabra á tí,
 con seguridad de que
 la sabré mejor cumplir,
 quanto va de alma que sabe
 hablar verdad, ó mentir,
 de no pedirtela, de irme
 á un Convento desde aquí,
 donde, ó faltenme los Cielos,
 ofrezco de no pedir
 á ellos mismos otra cosa
 que venturas para tí,
 quanto el dolor de tu ausencia
 me dilatáre el vivir.
 Si desto no te aseguras,
 por temer que en viendome ir
 á Granada, la has de dar
 zelos conmigo á Beatriz:
 llevame á su misma casa,
 de donde anoche salí
 por engaño, y yo diré
 que siendolo, vuelvo allá
 á darla satisfacciones,
 que aquello fue por huir
 de mi padre, y por librarla
 á ella, me libráste á mí,
 que no hay nada entre los dos.
 Y si destinada, en fin,
 á ser esclava me tienes,
 yo me quedaré á servir
 en su casa, a mí me mande
 quien te ha enamorado á tí,
 que este es el ultimo medio
 á que se puede rendir
 el desengañado amor
 de una altivez mugeril.
 Y quando no te enternezca
 este llorar, y gemir,
 por quien ahora soy, vuelve
 lo ojos á lo que fui.
 Duelete ver que de ilustre,
 y noble padre nací,
 que me viste del amada,
 que me miraste asistir
 del vulgo, y nobleza: siendo

el idolo de Guadix:
 que al principio te escuché,
 y que despues te creí:
 que perdi patria, y honor,
 y que un anciano infeliz,
 quando á su noticia llegue
 tan triste nueva de mí,
 si con matar no se venga,
 se vengará con morir:
 y en efecto:: Pero ya
 la voz falta, y el latir
 del corazón titubea
 intercadente entre sí,
 al ver que ya de la ruda
 Babilonia, á quien pensil
 sirve ese murado Alcazar,
 sobre la pardá cerviz:
 á hacer las entregas viene
 descendiendo el Cañeris:
 si ya no es obscura nube,
 que mirando el mar aquí
 de mis lagrimas, á él
 se abate, por compeler
 diluvios, que despues sean
 del mundo inundada lid.
 Ea, Señor, dueño mio,
 mi Cielo, y mi bien, en tí
 vuelve por tí mismo, y sea
 el mirarte arrepentir
 merito ya, y no delito,
 porque de no hacerlo así,
 Cielo, Sol, Luna, y Estrellas,
 sin alumbrar, ni lucir:
 hombres, aves, fieras, peces,
 sin obrar, ni discurrir:
 montes, penas, troncos, fieras,
 sin alvergar, ni servir:
 agua, fuego, tierra, y viento,
 sin animar, ni asistir,
 atentos á accion tan fea,
 se volverán contra tí,
 viendo que de tantas veces
 no te entenece el oír:
 Señor Gomez Arias,
 duclere de mí,
 no me dexes presa
 en Benamexi.

Sale Cañeris, y Moros.

Cañ. Mi gusto no ha de ponerse,
 Christiano, en precio; y así,

por no hablarte en él, te traygo
 mas que me puedes pedir.
 Toma todas esas joyas,
 donde verás competir
 á las estrellas, y flores
 los diamantes, y rubis:

Christiana, segunda vez
 eres mia, *Dor.* Ay infeliz!

Gin. Quién duda, que arrepentido
 se vuelve ahora á desdecir?

Gom. Es verdad, yo te la entrego:
 y por hacer mas aquí
 el delito, el precio tomo:
 si bien no es accion civil:
 pues quanto esotras mugeres
 desde el día en que nací
 me han llevado mal llevado,
 me lo vuelve una: y así,
 aunque aquesto sea culpa,
 juzgo que es restituir:
 tuya es la esclava. *Cañ.* Conmigo,
 Christiana hermosa, y gentil,
 vén á coronarte Reyna
 de todo el rudo confin
 destas asperas montañas.

Dor. Hay muger mas infeliz!

Cañ. En vano las quejas son:
 llevadla los dos de aquí.

Dor. Dexad que le dé siquiera
 un abrazo al despedir.

Cañ. Ya eres mia, y tendré zelos:
 trahedla por fuerza, y venid:
 Alá te guarde, Christiano.

Dor. Estrellas, que esto influís:

Luceros, que esto miráis:

Cielos, que lo consentís:

altos montes, que lo veís:

aves, que lo repetís:

vientos, que lo érais oyendo:

arboles, que lo asistís,

y escucháis mi triste llanto,

á darme amparo acudid:

y pues de mí no se duelen

los hombres, doleos de mí,

que me llevan presa

á Benamexi,

Llevanlae

Gin. Temiendo tu condicion,
 sin hablar, ni discurrir,
 oyendo, y mirando he estado
 lo que has hecho; y aunque aquí

me

me quires una, y mil vidas,
lo que siento he de decir:
es posible:: *Gom.* Cómo? cómo?
Sermoncito escuderil
tenemos? aqueño no:
há valiente Cañeri?

Cañ. Qué quieres? *Gom.* Quieres comprarme
tambien un Christiano? *Cañ.* Si.

Gom. Pues barato le daré,
que no tengo de pedir
por él mas de que le lleves:

Ea, Ginés, pasa allí,
besa la mano à tu dueño,

Gin. Pues hasme gozado á mi,
ni yo te he desagradado,
siendo melon de Guadix
de mala calaña, para
que tú me vendas así?

Gom. Tú no has de quedar conmigo.

Gin. Yo me iré con el Sofís
pero vendido, eso no:

A qué Gitano sutil
me compraste en el Mercado,
que me vendes? *Gom.* Cañeri,
por tuyo el esclavo queda.

Gin. Esclavo yo, que nací
mas libre que aquella ave,
que en la cartilla de Abril
no sabe mas que una letra?
mal haya tu trato vil.

Gom. En muger echo, y criado
dos enemigos de mi:
rico, y sin ellos, espero
desenotar à Beatriz.

Cañ. Calla, y conmigo vendrás,
daréte buen trato aquí.

Gin. Verde monte, Cielo azul,
blanca Sierra, mar turquí,
leonada amapola, parda

peña, rosa carmesi,
papagayos verdegayes,
y morados alhelis,
cómo con vuestros colores
os estais, y no os vestis
del color de mis trillezas?
cómo no os doleis de mí,
que soy niño, y solo,
y nunca en tal me vi,
y me llevan preso
à Benamexi?

Salen Don Diego, y Doña Beatriz.

Dieg. Beatriz, ya ves el cuidado
que desde anoche he tenido.

Beat. Harto, padre, me ha cabido
dél á mi.

Dieg. Don Luis osado
à su hija anoche siguió,
y aunque yo tras tras ella fui,
ni al uno, ni al otro vi,
ni sé si la ha hallado, ó no.
Dudo lo que habrá pasado,
porque, como te conté,
quien á él se la robó fue
Gomez Arias, un Soldado,
que era á quien ella dexó
muerto en el monte.

Beat. Pluguiera
al Cielo, que verdad fuera,
que menos llorara yo.

Dieg. Está advertida de que
le digas, si aqui volviere,
que ruego yo que me espere.

Beat. Yo, Señor, se lo diré.

Ya que de tantos enojos
libres quédan mis agravios,
salga la voz á los labios,
y salga el llanto á los ojos.
Qué ha pasado por mi, Cielos?
el hombre que yo tenia
en mi quarto, y quien venia
de mi à ampararse, con zelos
me mata, siendo los dos,
él quien la robó, y ella
quien seguida de su estrella,
muerto le lloraba: (ay Dios
vendado, y ciego) no sé
como tengo sufrimiento
à no rendirme al tormento
de tan mal pagada fé.

Salen Gomez Arias.

Gom. Antes que corra la voz
aqui de sucesos rales,
que siempre la de los males
suele ser la más veloz,
à hablar me atrevo à Beatriz,
y sin recelar el daño,
valerme del mismo engaño,
por si pudiese feliz
hoy persuadirla mi intento
à que se vaya conmigo.

Beatriz hermosa, testigo
 sea de mi sentimiento
 el verme volver aqui.
 Mi juicio entendí perder,
 quando ví que otra muger
 anoche llevé, y no á tí,
 que como su voz decia,
 mi padre me da la muerte,
 atrevido, osado, y fuerte
 rompí las puertas: el día
 me desengañó, y aqui
 considera mi fortuna,
 qual quedaria con una
 muger que en mi vida ví,
 quando tenerte pensó,
 Beatriz, á tí en su poder.
 Luego tú á aquella muger
 nunca la habias visto? *Gom. No.*
 Como no, si aquella Dama
 es la hermosa Dorotéa,
 en quien tu aficion se emplea,
 y á quien tu voluntad ama?
 De su casa la sacaste,
 si en el monte la perdiste,
 y buscandola veniste,
 si ya en fin te la llevaste:
 dime, para qué es volverme
 á ofenderme de ese modo?
Gom. Todo lo sabes, y á todo
 te quiero satisfacer.
 Quando á esa muger amé,
 estaba de tí ofendido,
 y habiendola aborrecido,
 en el monte la dexé.
 Tu padre la traxo aqui,
 es verdad que de aqui yo
 la llevé anoche, mas no
 por ella, sino por tí.
 Y tanto el enojo ha sido
 de no ser tú, y de ser ella,
 que por no volver á vella,
 á los Moros la he vendido,
 porque á tus plantas estén
 joyas que su precio son:
 es buena satisfaccion?
 Y aun desengaño tambien,
 pues avisandome el daño
 en que iba á tropezar,
 de los dos quiero tomar
 solamente el desengaño.
 Cadaver de amor ha sido
 esa Dama, y en su estrago
 es ya su traydor alhago
 despertador de mi olvido:
 yerto, deshecho, y perdido
 dentro de mí misma ví
 ese amor, y honor: y asi
 mudamente me ha avisado:
 Huye el verte en el estado
 tú, en que me miras á mí.
 No es buen modo, es desvario
 hacer tan á costa agena
 las finezas, que la pena
 de otro es escarmiento mio:
 cómo dará mi alvedrio
 licencias á mi deseo,
 quando el desengaño veo
 hoy de una accion tan horrible?
 de un delito tan terrible,
 tan triste, mortal, y feo?
 Si es su ruina un ensayo
 de cuerdos avisos llenos:
 y si me ha avisado el trueno,
 por qué he de esperar el rayo?
 Si á ese palido desmayo,
 ceniza de amor, oí
 decirme: Engañada fui
 de un falso amante traydor,
 quando con padre, y honor,
 como tú te ves me ví.
 Creerle quiero, y tu castigo
 sea tu misma locura,
 que á mi nadie me asegura
 de que, si ahora te sigo,
 no harás lo mismo conmigo:
 Pues mi libertad poseo,
 huiré tu tirano empleo:
 que si hasta aqui pude oír,
 no ha de acabar de decir:
 veraste como me veo.
Gom. Por donde pensé obligar
 á Beatriz, á Beatriz, Cielos,
 desobligué: bien sus zelos
 supo prudente vengari:
 mas yo la sabré engañar:
 ella no es altiva, y vana,
 y tiene zelos: liviana
 es, pues, la duda en que estoy:
 yo volveré á hablarla oy,
 y aun á venderla mañana.

Vase.

Vase.
To.

Tocan chirimías, y atabales, y salen todos los Soldados que pudieren de acompañamiento
y Don Diego despues de algunas Damás, y detrás la Reyna
Doña Isabél.

Reyn. Bellísima Granada,
 Ciudad de tantos rayos coronada,
 quantos tus torres bellas
 saben participar de las Estrellas,
 y á cuyos riscos liberal se atreve
 tu Sierra altiva á convertir en nieve,
 quando eminente sube
 á ser Cielo, cansada de ser nube:
 cada vez que te miro,
 grande te aclamo, si Imperial te admiro:
 qué mucho, si inmortal te considero
 heroico patrimonio de mi acero?

A tu Nevada Sierra
 vengo piadosamente á hacer hoy guerra,
 que quiero, por ser tuya,
 que mi valor la gane, y no destruya.
 Los Moros, que vandidos
 viven, de su aspereza defendidos,
 me obligan á este empeño,
 con ellos es, que no contigo, el ceño:
 las leyes despreciando,
 que el Grande, que el Católico Fernando,
 tú Rey, y Señor mio,
 les dió, ha sabido atropellar su brio:
 Esta justa venganza,
 de quien una tan gran parte me alcanza,
 á ti me trahe ahora,
 porque segunda vez hoy vencedora
 me vea tu campaña,
 á quien riega el Genil, y el Darro baña.

Dieg. Vuelvan, pues, los veloces
 ecos del parche, y del metal las voces,
 á saludarla con sonora salva,
 dando envidia á los paxaros del Alva
 su música festiva:

Isabél nuestra Reyna viva. *Todos.* Viva.

Sale Don Luis.

Luis. Viva tanto, que al tiempo haciendo engaños,
 la memoria se pierda de los años,
 porque sagrado sea
 su valor, su piedad de quien desea
 ampararse de todos
 y perdonad, Señora, deste modo
 ver á un caduco, á un infeliz anciano
 arrojado á tus pies, besar tu mano.

Reyn. Alzad, alzad del suelo,
 que vuestro llanto, vuestro desconsuelo

grande suceso indicia:

qué pretendeis? *Luis.* Pediros:::-

Reyn. Qué? *Luis.* Justicia.

Reyn. Desde luego os la ofrezco.

Luis. La tierra que pisais aun no merezco

besar. *Reyn.* Pues porque empiece á consolaros,
mas paso no he de dar sin escucharos.

Luis. Yo, Señora, una hija bella
tuve; qué bien, tuve, he dicho!

que aunque vive, no la tengo,
pues sin morir la he perdido.

Criéla; pero esto es tomar
las cosas muy de principio:

noble soy, aunque no tengo
necesidad de decirlo.

Cuerda, virtuosa, y atenta
creció, hasta que á turbar vino

atencion, virtud, cordura
el traydor alevé hechizo

de un hombre, aqueste engañada
la sacó del poder mio,

y:::- mas para qué, Señora,
con las voces lo repito,

si mas presto, y mejor todo
con las lagrimas lo digo?

Dexémos (que no quisiera
con lastimas afligiros,

pasandome facilmente
de lastimado á prolixo)

que la eché menos, que vine
en su alcance, que la miro

con otro nombre amparada
de la casa de un amigo:

y vamos, que hacer no quiero
caso de aqueste delito,

pues que tantos exemplares
ya le han el miedo perdido:

y vamos, digo otra vez,
al mayor, al mas indigno

que pudiera imaginar
el mas depravado juicio

de los hombres, el mas fiero,
mas cruel, y mas iniquo:

pero antes que yo os lo diga,
como lo sé he de deciros:

Un Moro, que el interés
le facilitó el camino,

de Benamexí á Granada
á traherme un pliego vino:

hallóme, porque trahia

mala nueva, fue preciso.

De mi hija era el pliego: en él

me dice:::- humilde os suplico

vos le leais, porque vos

sepais el caso del mismo,

escusando de una vez

dos tormentos tan impíos,

como decirlo, y haber

en público de decirlo.

Toma la Reyna la carta.

Lee. Padre, y señor, las erradas

acciones nunca han tenido

mas disculpa, que llegar

á confesar que lo han sido.

Yo erré, de un hombre engañada,

de esposo me dió al principio

mano, y palabra, despues

con desprecios infinitos,

con engaños, con trayciones,

la mayor que pudo hizo,

pues al fiero Cañerí

por esclava me ha vendido.

Trata de mi libertad,

y dame despues castigo,

que no, Señor, la deseo,

por no morir á los filos

de tu acero, mas porque

en la esclavitud que vivo,

si no peligro en la Fé,

en la persuasion peligro.

Repres. La gente, que de Castilla

viene á Granada conmigo,

y la que tiene Granada

prevenida, al punto mismo

de Benamexí la vuelta

marche, porque el zelo mio,

ni aun que descanse consiente,

que esto es descanso, y alivio:

quien es este hombre? si es

que es de nombre de hombre digno.

Luis. Gomez Arias es su nombre.

Reyn. Echese un yando, en que digo,

que pena de traydor, nadie

E

le

le dé sustento, ni abrigo
 á Gomez Arias, un hombre
 fiero, aleroso, y esquivo.
 Y á qualquiera que le prenda
 daré, habiendole trahido,
 si muerto dos mil ducados,
 y quatro, si le traen vivo.
 Y hago homenaje á los Cielos
 de no quitarme el vestido,
 ni entrar en poblado, hasta
 que avasallando esos riscos,
 rebeldes á mi poder,
 tiranos á mi dominio,
 dé á esta muger libertad,
 para que digan los siglos,
 si hubo una muger burlada,
 que otra que la venga ha habido.

Vanse, y salen Cañerá, y otros Moros, y

Dorotea, y Ginés vestidos de esclavos.

Cañ. Por no parecerse en todo
 monstruo tan cruel, y esquivo,
 que no merezca de humano
 tener el nombre, he querido
 este tiempo que aqui estás,
 bella Christiana, conmigo,
 afectar los sobresaltos
 de verme, con los cariños
 de escucharme, porque es vil
 el amor que conseguido
 por fuerza quita á su dueño
 el merecer por sí mismo.
 Tan finamente te adoro,
 que hasta saber si te obligo
 cortés, y amante á que dexes
 tu ley, y cases conmigo,
 no he querido á tu hermosura
 perder el respeto digno
 á esos soles que idolatro,
 de amor atezado Indio.

Dor. Ese cortés rendimiento,
 tanto, Africano, te esquivo,
 que no me ofrezco á pagarle
 con engaños, y así digo,
 que si mil vidas tuviera,
 fueran poco desperdicio
 de tu acero, en la defensa
 de mi Fé, y del honor mio.

Cañ. No me quites esta sola
 esperanza con que vivo.

Dor. No me hables tú en ella, pues

has de oír siempre esto mismo.

Cañ. Bien me aconsejas; y así,
 divertirla solicito:

á los Musicos mandad
 que canten desde aquel sitio
 retirados, y que sea
 de amor. *Gin.* Escusado ha sido
 mandarles eso, que amor
 siempre es todo su canticio.

Cañ. Tú, Christiano, que por ser
 criado de mi bien, te libro
 de la cadena, ó la muerte,
 cómo te hallas conmigo?

Gin. Malditamente, Señor.

Cañ. Maltratante en mi servicio?

Gin. Muchísimo.

Cañ. Cómo? *Gin.* Como
 no me dán gota de vino,
 ni he visto torrezno en quanto
 tiempo ha, Señor, que te sirvo,
 y no puede haber holgura
 donde no hay vino, y tocino.

Cañ. Por qué, dime, aquel Christiano
 vendió á los dos?

Gin. Por capricho:
 mas ya la musica suena.

Cañ. Oye la cancion, bien mio.

Dor. Si habrá mi padre (ay de mí!)
 ya la carta recibido?

Mus. Señor Gomez Arias,
 duelete de mí,
 que soy niña, y sola,
 y nunca en tal me ví.

Llora Dorotea.

Dor. Ya anda en canciones mi historial

Cañ. Mal haya acento que ha sido
 con sus voces ocasion
 de despertar tus suspiros;
 callad, callad. *Dor.* No, Señor,
 que prosigan te suplico,
 que si oirlo es sentimiento,
 por sentir mas quiero oirlo.

Dent. Arma, arma, guerra, guerra.

Cañ. Qué estruendo de armas? qué ruido
 es este? mas qué pregunto,
 quando ya desde aqui miro
 de Castellanas Esquadras
 irse poblando los riscos,
 que coronados de plumas,
 son Olimpos sobre Olimpos?

Al muro, Alarbes, al muro
salid, que por muchos lidio,
pues lidio por mí, y por esta
hermosura á quien me rindo.

Vase.

Dent. Guerra, guerra.

Dor. Al Cielo gracias,

Caxas.

hados, que os mostrais benignos:
dame tu aliento, fortuna,
esfuerzo, valor, y brio,
para que siendo de todos
los Christianos hoy caudillo,
que en esas mazmorras yacen
sepultados, aunque vivos,
pueda divertir las fuerzas
destos Alarbes vandidos:
toma armas, Ginés.

Gin. Yo nunca

tomo, que es bellaco vicio,
sino solamente aquello
que me dán.

Dor. Vénte conmigo:

feliz me haga Marte, pues

Venus infeliz me hizo.

Vase.

Gin. Yo iré no es mejor quedarme

haciendo este filogismo?

si los Christianos vencieren,

yo por Christiano me libro:

y si vencieren los Moros,

viendo que yo no me incito

contra ellos, me darán

despues premio, y no castigo.

Luego á ganar, no á perder

voy, estandome quedito,

y de camino me ahorro

algun desmandado tiro,

que sin estar convidado

me lleve á cenar con Christo:

cepos quedos, que van dando.

Dor. dent. Vuestra libertad, Cautivos,

os va en que tomeis las armas.

Gin. Hagan bien para sí mismos,

hermanos presos: ó como

con mis voces los ánimo!

pues ya rompiendo las puertas,

las cadenas, y los grillos,

hacen matanza en los Moros,

comuneros de poquito.

Las caxas, y dicen dentro.

Luis. Yo he de ser el que primero

ponga sobre el obelisco

barbaro de estos peñascos
las plantas.

Cañ. dent. Habiendo sido
yo quien le defiende, cómo
has de entrar?

Gin. Por Jesu-Christo,

que hay Christianos ya en el muro,
y que entran al tiempo mismo
Christianos ya por las puertas:
ahora sí que yo me arrimo
á ellos: mueran los perros.

Dor. dent. Pues tenemos el rastrillo,
abramosle: entrad, Christianos.

La caxa, y clarin tocan siempre, y salen la Reyna, y todos los Soldados que puedan al tablado, y caen desde lo alto abrazados el Cañerí, y Don Luis.

Cañ. Santo Alá! *Luis.* Cielos divinos!

Cañ. Quien eres, Christiano Cid,
que á mí rendirme has podido?

Luis. Soy un rayo desatado
de la esfera de mí mismo.

Reyn. Quien eres, Christiana, á quien
esta victoria he debido?

Dor. Una intelice dichosa,
pues á tus plantas me humillo.

Reyn. Eres tú la que vendió
Gomez Arias atrevido?

Dor. Antes que diga yo el sí,
mi verguenza te lo ha dicho.

Luis. Invicta Reyna, á tus plantas
hoy el Cañerí te rindo.

Reyn. Yo á tus brazos restituyo
libre á tu hija, advertido,
que debaxo de mi amparo.

Luis. Triste, y alegre te miro.

Reyn. Tú, barbaro, rebelado
á mis preceptos, que pios
por vasallo te admitieron,
hoy morirás, en castigo
de aquellas comunidades,
que osado has introducido.

Cañ. Yo te escusaré, Señora,
la venganza á mis delitos,
pues no sé si las heridas
del temor de haberte visto,
me dán la muerte: á tus plantas
rabiando, y gimiendo espiro.

Cae muerto dentro.

Reyn. Quitad ese tantas veces

fu-

funesto cadaver frío
de mis ojos, y á los Cielos
darémoss:::- Pero qué ruido
es aqueste?

Suena ruido dentro.

Fel. Unos villanos,
de tanto interés movidos,
á Gomez Arias trahen preso,
y siguiendore han venido
hasta aqui.

Sacan preso Villanos á Gomez Arias.

Reyn. Quien de vosotros
Gomez Arias es? *Gom.* Yo he sido
el que fieramente loco
cometì tantos delitos.

Reyn. Sea este de mi justicia
ahora el primer indicio,
que en restaurando su honor,
llega mejor mi castigo:
dale de esposo la mano
à esa muger. *Gom.* Y rendido
á sus pies, que me perdone,
humildemente la pido.

Dor. Yo lo hago, y con la mano
el alma te doy. *Gin.* Por Christo,
que si este se sale solo
con casarse por castigo,
que desde mañana vendo
quantas hallàre. *Reyn.* Ya has visto
de tu hija el honor, Don Luis,
vengado, y restituído.

Luis. Son dadivas de tu mano:
ya os abrazo como á hijos.

Reyn. Aguarda, que si los dos

estabamos ofendidos,
tú estás vengado, y yo no.

Gin. Ni yo tampoco, que he sido
el criado que vendió.

Reyn. A ese hombre al punto mismo
un verdugo corte el cuello:

y su cabeza en el sitio,
que á su esposa vendió, quede
en una escarpia. *Gom.* Rendido
á tus pies:::- *Reyn.* Ea, llevadle.

Gin. De eso yo seré ministro:
juro á Dios, que habeis de ir
á ahorcar, pues habeis sido
Judas de amor, que besais,
y vendeis. *Gom.* Cielos divinos,
pague mi culpa mi pena. *Lleuantele*

Dor. Gran Señora, si yo he sido
la parte, yo le perdono,
perdonale te suplico.

Reyn. En qualquier delito el Rey
es todo: si parte has sido
tú, y le perdonas, yo no
porque no quede á los siglos
la puerta abierta al perdon
de semejantes delitos.

Dieg. Nuestros tratados conciertos,
Don Juan, en habiendo ido
á Granada, tendrán fin.

Fel. Y tengale á un tiempo mismo
la Niña de Gomez Arias.

Gin. Que perdoneis os suplico
sus errores, y nos deis
de piedad siquiera un victor.

F I N.

Con licencia. Barcelona: En la Imprenta de Francisco Suria.
Año de 1765.